

INVITACIÓN A LA MEDITACIÓN

(9 relatos de Michael Ende)

“El Laberinto es el cuerpo del Minotauro. Cuando Teseo va de aposento en aposento en busca del monstruo, se convierte poco a poco en el Minotauro. Éste se lo ha incorporado. Por eso es imposible que Teseo le mate al final, a no ser que se mate a sí mismo.

*Cada uno se transforma en aquello que busca”.*¹

1. SOBRE LA NATURALEZA DE LOS DESEOS²

Un día, después de haber estado alborotando, Bastian se sentó, un poco sin aliento, y preguntó:

- ¿No podría quedarme siempre contigo?

El león sacudió la melena.

- No, señor.

- ¿Por qué no?

- Aquí sólo hay vida y muerte, sólo Perelín y Goab, pero no hay historias. Y tú tienes que vivir tu propia historia. No debes quedarte aquí.

- Pero ¡si no puedo marcharme! -dijo Bastian-. El desierto es demasiado grande para que nadie pueda salir de él. Y tú no puedes llevarme, porque llevas el desierto contigo.

- Los caminos de Fantasía -dijo Graogramán- sólo puedes encontrarlos con tus deseos. Y sólo puedes ir de un deseo a otro. Lo que no desees te resulta inalcanzable. Eso es lo que significan aquí las palabras «cerca» y «lejos». Y tampoco basta con querer marcharse de un lugar. Tienes que querer ir a otro. Tienes que dejarte llevar por tus deseos.

- Pero si yo no deseo marcharme... -respondió Bastian.

- Tendrás que encontrar tu próximo deseo -contestó Graogramán casi serio.

¹ *Carpeta de apuntes*, 1994. Ed. Alfaguara, 1996.

² *La historia interminable*, 1979. Ed. Alfaguara, 1982.

- Y si lo encuentro -preguntó Bastian-, ¿cómo podré marcharme de aquí?

- Escucha, señor -dijo en voz baja Graogramán-: hay en Fantasía un lugar que conduce a todas partes y al que puede llegarse desde todas. Ese lugar se llama el Templo de las Mil Puertas. Nadie lo ha visto nunca por fuera, porque no tiene exterior. Su interior, sin embargo, está formado por un laberinto de puertas. El que quiera conocerlo tiene que atreverse a entrar.

- ¿Cómo es posible, si uno no puede acercarse por fuera?

- Cada puerta -prosiguió el león-, cada puerta de Fantasía entera, hasta una puerta completamente corriente de establo o de cocina, incluso la puerta de un armario, puede ser, en un momento determinado, la puerta de entrada al Templo de las Mil Puertas³. Si el momento pasa, la puerta vuelve a ser lo que era. Por eso nadie puede entrar una segunda vez por la misma puerta. Y ninguna de las mil puertas conduce otra vez al lugar de donde se vino. No hay vuelta atrás.

- Pero, cuando se está dentro, ¿se puede salir otra vez a alguna parte?

- Sí -respondió el león-, pero no es tan fácil como en las casas corrientes. Porque a través del laberinto de las mil puertas sólo puede guiarte un deseo auténtico. Quien no lo tiene ha de vagar por el laberinto hasta que sabe lo que desea. Y a veces hace falta mucho tiempo para eso.

- ¿Y cómo se puede encontrar la puerta de entrada?

- Hay que desearlo.

Bastian meditó largo tiempo, y dijo luego:

- Es extraño que no se pueda desear simplemente lo que se quiere. ¿De dónde vienen realmente los deseos? ¿Y qué es eso, un deseo?

Graogramán miró al muchacho con los ojos muy abiertos, pero no respondió.

.....

³ Esta misma imagen es usada por Ende en *La prisión de la libertad, cuento de la mil y once noche* en el séptimo relato de esta serie.

Unos días más tarde, tuvieron otra vez una conversación muy importante.

Bastian le enseñó al león la inscripción del reverso de la Alhaja.

- ¿Qué significa? -preguntó-. «HAZ LO QUE QUIERAS». Eso quiere decir que puedo hacer lo que me dé la gana, ¿no crees? El rostro de Graogramán pareció de pronto terriblemente serio y sus ojos comenzaron a arder.

- No -dijo con voz profunda y retumbante-. Quiere decir que debes hacer tu Verdadera Voluntad. Y no hay nada más difícil.

- ¿Mi Verdadera Voluntad? -repitió Bastian impresionado-.

¿Qué es eso?

- Es tu secreto más profundo, que no conoces.

- ¿Cómo puedo descubrirlo entonces?

- Siguiendo el camino de los deseos, de uno a otro, hasta llegar al último. Ese camino te conducirá a tu Verdadera Voluntad.

- No me parece muy difícil -opinó Bastian.

- Es el más peligroso de todos los caminos -dijo el león.

- ¿Por qué? -preguntó Bastian-. Yo no tengo miedo.

- No se trata de eso -retumbó Graogramán-. Ese camino exige la mayor autenticidad y atención, porque en ningún otro es tan fácil perderse para siempre.

- ¿Quieres decir que no siempre son buenos los deseos que se tienen? -trató de averiguar Bastian.

El león azotó con la cola la arena en que estaba echado.

Agachó las orejas, frunció el hocico y sus ojos despidieron

fuego. Bastian se agachó involuntariamente cuando

Graogramán, con una voz que hizo vibrar nuevamente el suelo, dijo:

- ¡Qué sabes tú lo que son deseos! ¡Qué sabes tú lo que es o no es bueno!

Bastian pensó mucho al día siguiente en todo lo que la Muerte Multicolor le había dicho. Sin embargo, muchas cosas no se pueden averiguar pensando: hay que vivirlas. Y por eso sólo mucho más tarde, cuando había vivido mucho, recordó las palabras de Graogramán y empezó a comprenderlas.

2. SOBRE LA ATENCIÓN⁴

Pesado paño negro perdiéndose hacia los lados y hacia arriba en la oscuridad cuelga en pliegues verticales que movidos por una corriente de aire imperceptible ondean un poco de vez en cuando.

Le habían dicho que ése era el telón del escenario y que en cuanto empezase a alzarse, él debería iniciar inmediatamente su baile. Le habían inculcado que no se dejase confundir por nada, pues desde allí arriba se tenía a veces la impresión de que el patio de butacas no era más que un oscuro abismo vacío, otras veces parecía que se contemplaba el ajetreo de un mercado o una calle animada, un aula de colegio o un cementerio, pero que todo eso era una ilusión de los sentidos, en una palabra, que sin preocuparse lo más mínimo por la sensación que tuviese, por si alguien le miraba o no, empezase, al mismo tiempo que se alzaba el telón, a bailar su solo.

Así estaba, pues, allí, con una pierna cruzada sobre la otra, la mano derecha colgando, la izquierda apoyada sueltamente en la cadera esperando el comienzo. De tiempo en tiempo, cuando el cansancio le obligaba, cambiaba esa postura, convirtiéndose, por así decirlo, en su imagen inversa reflejada. Todavía no quería alzarse el telón.

La poca luz que venía de algún lugar en lo alto, se concentraba sobre él, pero apenas era lo bastante fuerte para que él pudiese ver sus propios pies. El círculo de claridad que le rodeaba le permitía distinguir vagamente el pesado paño negro que tenía delante. Ese era el único punto de referencia para la dirección que tenía que seguir, pues el escenario se hallaba en absoluta oscuridad y era vasto como una llanura.

Se preguntó si había decorados y lo que podían representar. Para su baile no tenían mayor importancia, pero le hubiera gustado saber en qué entorno le iban a ver. ¿Un salón festivo? ¿Un paisaje? Sin duda, al alzarse el telón cambiaría de iluminación. Entonces también se aclararía esa cuestión.

⁴ *El espejo en el espejo*, 1986. Ed. Alfaguara.

Estaba de pie esperando, con una pierna cruzada sobre la obra, la mano izquierda colgando, la derecha apoyada descuidadamente en la cadera. De tiempo en tiempo, cuando el cansancio le obligaba, cambiaba de postura, convirtiéndose de nuevo en la imagen inversa de su imagen reflejada.

No debía dejarse distraer, pues en cualquier momento podía alzarse el telón. Entonces tenía que estar presente con cuerpo y alma. Su baile comenzaba con un poderoso golpe de timbal y un furioso torbellino de saltos. Si se retrasaba en la entrada todo estaba perdido, nunca recuperaría el compás inicial. Mentalmente repasó una vez más todos los pasos, las piruetas, entrechats, jettés y arabesques.

Estaba satisfecho, tenía todo presente. Estaba seguro de que estaría bien. Ya oía crecer los aplausos como el dorado fragor del mar. También repasó una vez más el saludo, pues era importante. Quien lo hacía bien podía a veces prolongar considerablemente el aplauso. Mientras pensaba todo esto estaba de pie esperando, una pierna cruzada sobre la obra, la mano derecha colgando, la izquierda apoyada ligeramente en la cadera. De tiempo en tiempo, cuando el cansancio le obligaba, cambiaba de postura, transformándose de nuevo en la inversa imagen reflejada de su imagen reflejada.

El telón seguía sin alzarse y se preguntó cuál podría ser la causa. ¿Habían olvidado quizás que él ya estaba allí en el escenario, listo para empezar? ¿Le buscaban quizás en su camerino, en la cantina del teatro o incluso en su casa, le buscaban angustiados y desesperados? ¿Debía hacerse notar en la oscuridad del escenario, avisar o hacer una señal con la mano? ¿O no le buscaban y había sido aplazada la representación por algún motivo? ¿La habrían suspendido al final sin avisarle? Quizás se habían ido todos hacía tiempo sin acordarse de que él estaba allí esperando su actuación. ¿Cuánto tiempo llevaba ya allí? ¿Quién le había asignado además ese lugar? ¿Quién le había dicho que ése era el telón y que en cuanto se alzase debía iniciar su baile? Empezó a calcular cuántas veces se había convertido ya en su imagen reflejada y en la imagen reflejada de su imagen reflejada, pero inmediatamente se lo prohibió para no verse sorprendido por

el súbito alzamiento del telón o quedarse mirando impotente al público sin recordar su papel. ¡No, tenía que permanecer tranquilo y concentrado! Pero el telón no se movía.

Poco a poco la feliz excitación inicial fue dando paso a una profunda amargura. Tenía la sensación de que estaban abusando de él. Tenía ganas de echar a correr del escenario para quejarse enérgicamente en alguna parte, para gritar a alguien a la cara su desilusión, su rabia, para armar un escándalo. Pero no sabía muy bien a dónde tenía que correr. Lo poco que veía del paño negro que tenía delante era su única orientación. Si abandonaba aquel lugar, andaría a ciegas en la oscuridad y perdería infaliblemente toda orientación. Y era muy posible que precisamente en ese instante se alzase el telón y sonase el golpe de timbal del comienzo. Y entonces estaría en un lugar totalmente incorrecto, con las manos extendidas como un ciego, quizás incluso de espaldas al público. ¡Imposible! La idea le hizo enrojecer de vergüenza. No, no, tenía que permanecer a toda costa donde estaba, quisiera o no, y esperar a que le diesen una señal, si es que se la daban. Así que estaba allí de pie, con una pierna cruzada sobre la otra, la mano izquierda colgando lacia, la derecha apoyada pesadamente en la cadera. De tiempo en tiempo, cuando el agotamiento le obligaba, cambiaba de postura, convirtiéndose por enésima vez en su imagen reflejada.

En algún momento perdió la fe en que el telón se alzase alguna vez, pero al mismo tiempo supo que no podía abandonar su sitio, ya que no podía descartarse la posibilidad de que a pesar de todo se alzase, contra todo pronóstico. Hacía tiempo que había desistido de abrigar esperanzas o de irritarse. Sólo podía seguir de pie donde estaba, sucediera lo que sucediera. Ya no le importaba su actuación, que se convirtiese en un éxito o un fracaso o que no tuviese lugar. Y como ya no le importaba nada su baile, olvidó uno tras otro todos los pasos y saltos. De tanto esperar, olvidó incluso por qué esperaba. Pero se quedó de pie con una pierna cruzada sobre la otra, ante sí el pesado paño negro que se perdía hacia arriba y hacia los lados en la oscuridad.

3. UN MUNDO FRAGMENTADO (EN BUSCA DE LA PALABRA QUE RELACIONE TODO CON TODO)⁵

La dama corrió la cortina negra de la ventana de su coche y preguntó:

— ¿Por qué no vas más de prisa? ¡Ya sabes lo que significa para mí llegar a tiempo a la fiesta!

El cochero cojo se inclinó desde el pescante hacia ella y contestó:

—Hemos entrado en un convoy, madame. Yo tampoco sé cómo. Seguramente me quedé un poco dormido. Sea como fuere, está ahí de pronto esa gente que nos atasca la carretera.

La dama so asomó a la ventana. Efectivamente, la carretera estaba ocupada por una larga comitiva. Eran niños y viejos, hombres y mujeres, todos vestidos con extravagantes y multicolores trajes de saltimbanquis, con sombreros fantásticos sobre las cabezas y grandes fardos a las espaldas. Algunos iban montados sobre muías, otros sobre grandes perros o avestruces. Entremedias traqueteaban también carros de dos ruedas, cargados hasta arriba con cajas y maletas o carros entoldados en los que iban familias.

— ¿Quiénes sois? —preguntó la dama a un muchacho vestido de arlequín que caminaba al lado del coche. Llevaba una pértiga al hombro cuyo extremo llevaba una muchacha de ojos almendrados vestida como una china. De la pértiga colgaban toda clase de enseres domésticos, encima iba sentado un pequeño mono que tenía frío—. ¿Sois un circo?

—No sabemos quiénes somos —dijo el muchacho—. No somos un circo.

— ¿De dónde venís? —quiso saber la dama.

—De las Montañas del Cielo —respondió el muchacho—, pero de eso hace ya mucho tiempo.

— ¿Y qué hacíais allí?

⁵ *El espejo en el espejo*, 1986. Ed. Alfaguara.

- Eso era antes de que yo viniese al mundo. Yo nací por el camino.
- Ahora intervino en la conversación un viejo que llevaba un gran laúd o teorbe a la espalda:
- Allí representábamos el Espectáculo ininterrumpido, bella dama. El niño no puede saberlo. Era un espectáculo para el sol, la luna y las estrellas. Cada uno de nosotros estaba sobre una cumbre distinta y nos gritábamos las palabras. Actuábamos sin cesar, pues aquel espectáculo mantenía unido al mundo. Pero ahora lo ha olvidado ya también la mayoría de nosotros. Hace ya demasiado tiempo.
- ¿Por qué dejasteis de representarlo?
- Había sucedido una gran desgracia, bella dama. Un día nos dimos cuenta de que faltaba una palabra. Nadie nos la había robado, tampoco la habíamos olvidado. Sencillamente ya no estaba. Pero sin esa palabra no podíamos seguir actuando, porque ya nada daba sentido. Era precisamente la palabra por la que todo se relaciona con todo. ¿Comprende, bella dama? Desde entonces viajamos de un lado a otro para encontrarla de nuevo.
- ¿Por la que todo se relaciona con todo? —preguntó la dama, asombrada.
- Sí —dijo el viejo, asintiendo serio con la cabeza—, seguro, bella dama, que usted también se habrá dado cuenta ya de que el mundo sólo se compone de fragmentos que no tienen nada que ver los unos con los otros. Eso es así desde que perdimos la palabra. Y lo peor es que los fragmentos se siguen descomponiendo y quedan cada vez menos cosas que guarden relación entre sí. Si no encontramos la palabra que reúna todo con todo, un día el mundo se pulverizará por completo. Por eso viajamos y la buscamos.
- ¿Creéis acaso que la encontraréis un día?
- El viejo no contestó, aceleró sus pasos y la adelantó. La muchacha de los ojos almendrados que caminaba ahora junto a la ventana de la dama, explicó tímidamente:

—Escribimos la palabra sobre la superficie de la tierra con el largo camino que recorreremos. Por eso no nos quedamos en ningún sitio.

—Ah —dijo la dama—, ¿entonces sabéis siempre a dónde tenéis que ir?

—No, nos dejamos guiar.

— ¿Y quién o qué os guía?

—La palabra —contestó la muchacha y sonrió como si pidiese disculpas.

La dama se quedó mirando a la niña durante largo tiempo, luego preguntó en voz baja:

—¿Puedo ir con vosotros?

La muchacha no dijo nada, sonrió y adelantó despacio el coche siguiendo al muchacho que iba delante.

— ¡Alto! —gritó la dama a su cochero.

Este tiró de las riendas, se volvió y preguntó:

— ¿Quiere de verdad ir con éstos, madame?

La dama estaba sentada en los cojines, muda y derecha, mirando de frente. Poco a poco pasó el resto de la tropa junto al coche parado. Cuando pasó el último rezagado, la dama se apeó y siguió la comitiva con la mirada hasta que se perdió en la lejanía. Empezó a llover un poco.

— ¡Volvamos! —ordenó al cochero subiendo de nuevo—, regresamos. He cambiado de idea.

— ¡Gracias a Dios! —dijo el cojo—, ya creía que quería irse de verdad con éstos.

—No —contestó la dama sumida en pensamientos—, yo no les sería de utilidad. Pero tú y yo podemos dar fe de que existen y que les hemos visto.

El cochero hizo dar media vuelta a los caballos.

— ¿Puedo preguntar algo, madame?

— ¿Qué quieres?

— ¿Cree madame que encontrarán alguna vez esa palabra?

—Si la encuentran —contestó la dama—, el mundo tendría que transformarse de una hora a otra. ¿No lo crees? Quién sabe, tal vez seremos alguna vez testigos de ello. ¡Y ahora echa a andar!

4. LA RENDICIÓN⁶

Despacio como gira un planeta, gira la gran mesa redonda con el grueso tablero. Encima hay un paisaje con montañas y bosques, ciudades y pueblos, ríos y lagos. En el centro de todo, diminuto y frágil como una figurita de porcelana, estás sentado tú girando.

Sabes del movimiento continuo, pero tus sentidos no lo perciben. La mesa está en medio de una sala abovedada que también gira con su suelo de piedra, la bóveda, los muros, despacio como un planeta.

A lo lejos, en el crepúsculo, ves a lo largo de las paredes los armarios y arcones, el gran reloj de pie viejo que marca el sol y la luna, entre medias las paredes pintadas con estrellas, aquí y allá un cometa y por encima de ti, en lo alto, la vía láctea en la cúpula. No hay ventanas, ni puertas. Aquí estás seguro, todo te es familiar, todo está firme, te puedes fiar de todo. Este es tu mundo. Gira, y tú en el centro del centro, giras constantemente con él.

Pero una vez un terremoto sacude todo aquello. El muro de piedra se parte en dos, una grieta que se abre más y más. Las estrellas pintadas se separan y tú te asomas a algo que es tan extraño para tus ojos, que éstos se niegan a registrarlo, una lejanía a la que se precipita tu mirada, una oscuridad luminosa, un vendaval inmóvil, un rayo incesante. Lo único a que puede agarrarse tu mirar es una figura humana, apoyada contra el huracán inaudible, envuelta de pies a cabeza en un paño que parece tremolar, pero que, como en un cuadro, no se mueve. La figura tapada está allí quieta, pero no está sobre nada, pues debajo de sus pies está el abismo. El viento ha apretado el paño contra su cara, tú intuyes su forma.

Entonces ves cómo la boca se mueve detrás del velo y oyes cómo una voz grave y suave dice:

— ¡Sal, pequeño hermano de sangre!

— ¡No! —gritas aterrado—. ¡Vete! ¿Quién eres? ¡No te conozco!

⁶ *El espejo en el espejo*, 1986. Ed. Alfaguara.

—No podrás reconocerme —te responde el tapado— mientras no salgas. ¡Así que ven!

— ¡No quiero! —exclamas—. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Ya es hora —dice él.

—No —respondes tú—, no, ¡éste es mi mundo! Aquí he estado siempre, aquí quiero quedarme. ¡Vete!

—Abandónalo todo —dice él—, hazlo voluntariamente antes de que tengas que hacerlo. Si no será demasiado tarde.

— ¡Tengo miedo! —le gritas.

— ¡Abandona también el miedo! —contesta él.

—No puedo —respondes tú.

— ¡Abandónate también a ti mismo! —dice él.

Ahora estás seguro de que la voz que te habla es perniciosa y estás decidido a rechazarla.

— ¿Por qué te escondes y no muestras tu rostro? Yo lo sé: porque quieres destruirme. Quieres atraerme hacia ti para que caiga al vacío.

El permanece callado un rato y dice por fin:

— ¡Aprende a caer!

Con alivio ves cómo la figura tapada desaparece de tu campo visual. Pero no es ella la que se ha movido. La sala abovedada sigue girando despacio y con ella la gran mesa redonda en cuyo centro estás sentado, pequeño y frágil. Y gira la grieta del muro alejándose de la figura que está allí fuera.

Pero algo ha cambiado. La grieta no vuelve a cerrarse. Y detrás de tus estrellas pintadas, fuera de tu mundo firmemente constituido, jamás cuestionado, subsiste aquello distinto que hace que todo sea dudoso. No puedes evitarlo. Pero tampoco estás dispuesto a aceptarlo. Durante mucho tiempo permaneces así, con la sensación de haber sufrido una herida que nunca se curará. Nada será ya como antes.

Y entonces otra vez la figura apoyada contra la tempestad inmóvil aparece ante tu mirada. No se ha alejado. Te esperaba.

— ¡Ven —dice la voz profunda y suave—, aprende a caer!

Tú contestas:

—Bastante grave es tener la desgracia de caer al vacío. ¡Pero quererlo uno mismo o aprenderlo incluso, es perverso! Tú eres un tentador, no te seguiré. ¡Vete, pues!

—Tú caerás —dice el tapado—, y no sabrás si no lo has aprendido. ¡Así que abandónalo todo! Ya que pronto no te sostendrá nada.

—Tú has irrumpido en mi mundo —le gritas—, yo no te he llamado. Brutalmente has roto lo que era mi defensa y mi propiedad. Sólo puedes destruir lo que me sostiene, pero no puedes obligarme a que te obedezca.

—Yo no te obligo —dice el tapado—, te rue-gO, pequeño hermano de sangre. Ha llegado la hora.

La figura calla y mientras vuelve a desaparecer • l' tu vista, alza la mano y te la tiende y te parece 'i'" bajo la luz del rayo incesante has visto en la muñeca la señal sangrienta de un clavo. Pero tu mirada ya se estaba apartando y seguiste girando sobre tu mesa debajo de la cúpula.

Tú te dices a ti mismo que todo eso es una alucinación. Tarde o temprano volverá a cerrarse la grieta del muro como si nunca hubiese existido. Y quedará demostrado que no existió nunca, porque no puede estar allí, los muros son muy antiguos e indestructibles. Lo que ha sido siempre, será siempre. Todo lo demás es engaño, surgido quién sabe por qué razón. No se debe hacer caso. ¡Y luego esa terrible exigencia! ¿No contenía incluso una amenaza? ¿Y si hubieras cogido la mano quién te dice que te hubiese sujetado? ¿Estaba acaso tendida para sujetarte? ¿O quizás estaba sólo para arrastrarte fuera de tu pequeño mundo seguro y para arrojarte al abismo? No, será mejor que no dejes que te encuentre el que está ahí fuera. ¡Hazte aún más pequeño! ¡Escóndete! Si no puede descubrirte, es posible que te deje en paz y todo volverá a ser como antes.

La sala abovedada gira despacio y con ella la gran mesa redonda con las ciudades, los pueblos y los lagos y contigo mismo en el centro. Y una tercera vez entra en tu campo visual la figura tapada, iluminada por el rayo incesante en la tempestad inmóvil.

—Pequeño hermano de sangre —dice la voz, y esta voz suena penosa, como si hablase con dolor—, ¡escúchame y ten fe! No puedes quedarte ya donde estás. ¡Sal fuera!

— ¿Me cogerás y sostendrás cuando caiga? —preguntas tú.

El tapado sacude lentamente la cabeza.

—Si has aprendido a caer no caerás. No hay arriba ni abajo, ¿a dónde ibas a caer entonces? Los astros se mantienen mutuamente en equilibrio en sus órbitas sin tocarse porque son afines entre sí. Así sucederá también con nosotros. Hay algo de mí en ti. Nos sostendremos mutuamente, y nada más nos sostendrá. Somos estrellas que giran, por eso ¡abandónalo todo! ¡Sé libre!

— ¿Cómo puedo saber que es verdad lo que dices?

—exclamas desesperado.

—Por ti mismo —contesta él—, porque yo estoy en ti y tú en mí. También las verdades se sostienen mutuamente y no descansan sobre nada.

— ¡No —gritas tú—, eso no se puede soportar! ¿Es que no puedo escapar de ti? ¿Qué quieres de mí? ¿Por qué no dejas que me quede en paz donde estoy? ¡Yo no quiero tu libertad! —Serás libre —dice él— o dejarás de ser.

Luego oyes algo que suena como un suspiro. Los muros tiemblan y se mueven, y despacio se cierra la grieta tal como deseabas. Podrías estar contento, pero eso no dura mucho. Algo sucede a tu alrededor que sólo comprendes poco a poco. El mundo que te era antes familiar ya no lo es. Se vuelve contra ti. Sombras descienden de la sala abovedada, grises y nebulosas figuras hambrientas, rostros grandes y pequeños que están ahí y luego ya no están, un barullo de miembros y cuerpos fugaces que se deshacen y siempre se forman de nuevo. ¿Qué hacen? ¿De dónde vienen? Surgen de los arcones y armarios, del reloj, de los propios muros, de todo lo que hacía sentirte seguro y protegido. Todo eso ya no tiene consistencia, se destruye a sí mismo.

Y mientras la sala abovedada gira despacio alrededor de ti, pequeño centro frágil, tienes que dejar que suceda lo que sucede. Tú mismo lo has provocado, después de todo. Pero te temen a ti, su procreador, al menos eso parece. Se agolpan en los últimos rincones y a lo largo de las paredes. Se aprietan contra los muros de piedra, lamen, por así decirlo, de arriba abajo los muros de piedra con sus cuerpos nebulosos y las estrellas pintadas empalidecen. Por donde pasan, la

construcción se vuelve imprecisa, nebulosa como ellos mismos. Roban a tu mundo la realidad, le chupan la sustancia, la convierten en fantasma de un mundo. La borran porque nunca existió.

Sin embargo, parecen insaciables, pues lentamente se van acercando a ti. Sólo la mesa con el gran tablero y el paisaje que hay encima gira y gira y tú con él en el centro. Te das cuenta que también te borrarán a ti porque nunca exististe. Ahora sientes los martillazos, pero no se oye nada. ¿Qué están haciendo? Pasan un tubo a través del círculo del tablero, un trabajo penoso, pero ellos no se cansan. Y entonces, cuando el tubo sobresale por ambos lados empieza a fluir algo y no deja de fluir, y ellos lo lamen, ávidos como perros. Y tú sientes como si fuese tu propia sangre la que se escapa, sientes cómo el círculo que hay debajo de ti se vuelve cada vez más irreal con cada latido. Ahora se apodera de ti un espanto impotente.

— ¡Hermano de sangre! —gritas con una voz diminuta que apenas puedes oír—. ¡Sálvame! ¡Enséñame a caer!

Pero el muro no se abre, porque ya no está ahí. Y pronto no habrá otra cosa que el abismo. Caerás y caerás sin haber aprendido y buscarás dentro de ti lo que es afín a tu hermano de sangre, como lo son las estrellas que se sostienen mutuamente en sus órbitas, pues sólo eso te sostendrá y a nada más podrás aferrarte. ¿Pero sabrás? Puesto que no has aprendido, ¿sabrás?

Ahora ha desaparecido todo.

Ha llegado la hora.

¡Ahora!

5. DESPERTAR⁷

El circo arde. El público ha huido atropelladamente. Las gradas están vacías, la carpa llena de humo y fuego. El payaso está solo en la pista. Su traje de lentejuelas centellea bajo la luz de las llamas. Su cara está blanca como la cal, debajo del ojo izquierdo brilla la consabida lágrima. Sobre la cabeza lleva ladeado un pequeño gorro puntiagudo. Con una fulgurante trompeta toca, solemne y ridículo, la gran melodía de despedida.

Todo es sueño. Sé que todo es sueño. Siempre lo supe desde que empecé a soñar que yo existía: este mundo no es real.

Ha concluido su canción sin prisa y sin tacha. Sale afuera y detrás de él se derrumban las vigas y los mástiles en llamas, la lona se hincha con el fuego y se hunde. El viento de la noche huele a ceniza y calor.

Fuera están los otros contemplando el incendio con los brazos caídos. Todos sabían que sucedería así. Ninguno ha hecho ademán de salvar algo. Ninguno llamó al payaso cuando estaba en medio del remolino de chispas, ninguno estaba preocupado por él, ni siquiera él mismo. En el resplandor, sus rostros parecen los rostros de personas dormidas. Ha empezado a llover un poco, pero demasiado tarde y no lo suficiente, sólo lo justo para que todos tengan el pelo mojado sobre la frente.

Cuando uno sabe en sueños que sueña, está a punto de despertarse. Yo me despertaré en seguida. Quizás este fuego no es de otra cosa que el primer rayo del sol del amanecer de otra realidad que se cuela debajo de mis párpados cerrados.

Lentamente oscurece. El fuego se desmorona poco a poco. En las casas de alrededor no hay ninguna ventana iluminada. Están negras y vacías en la penumbra. A lo lejos se oyen gritos, luego algunos disparos y el duro tableteo de una metralleta. Son los habituales ruidos que anuncian la noche, la noche llena de asesinatos, llena de tormentos e interrogatorios, la noche en la que nadie confía en nadie.

⁷ *El espejo en el espejo*, 1986. Ed. Alfaguara.

Está prohibido despertarse. El mero deseo de despertar se considera un intento de huida, de alta traición. Hay que mantenerlo en secreto.

-Para mí -dice el director en la oscuridad-, que han sido ellos los que han provocado el incendio, como represalia o advertencia...

Hurga con un palo en la ceniza. Todos saben de qué habla. Hace dos días fue asesinado uno en medio de los espectadores. Era de la milicia homicida, uno de los vigilantes que están por todas partes. Cuando todo el mundo se había ido seguía sentado con su uniforme de cuero negro brillante, pero estaba muerto, estrangulado. Nadie se había dado cuenta cuándo sucedió, nadie había querido darse cuenta.

-Eso no lo hizo ninguno de nosotros -dice alguien.

-No -contesta el director-, pero de nada nos vale, como veis.

Tras un largo silencio, una voz de mujer murmura:

-Pero esto no puede continuar así eternamente.

-Continuará -dice el director- hasta que le pongamos fin. De eso se trata a partir de ahora.

Se trata de despertar.

-Si no emprendemos nada -prosigue el director-, esto continuará siempre así. Tenemos que luchar. Tenemos que sumarnos a los que luchan.

El payaso se aparta y se dirige a la roulotte arrastrando los pies por los charcos. De pronto está muy cansado. Permanece un largo rato sentado delante del espejo contemplando su cara blanca como la harina con la lágrima debajo del ojo izquierdo. Entonces empieza a desmaquillarse. Debajo aparece otra cara. Es mucho más irreal, una cara de nadie, una cara cualquiera, le resulta completamente extraña, siempre le resultó extraña esa cara. Durante un instante trata de parecer inteligente o al menos serio, pero sus rasgos vuelven a caer en seguida en un estado de reposo, en el estado de perplejidad habitual. Es el rostro de un lactante viejo.

Ya es bastante asombroso que yo exista. Pero aún es más asombroso que pudiese hacerme tan viejo. Me esforcé, damas y caballeros, hice lo posible. Me dije: si todos los demás soportan este mundo, cuando seguro que tampoco les resulta más fácil que a mí... Yo he esperado toda mi vida y me he hecho viejo con la esperanza de despertar, y mirad dónde estoy. Les envidio a todos por su despreocupación. Yo estoy preocupado.

Mientras se cambia de ropa, el director entra con sombrero y gabardina y la inevitable punta de cigarro fría entre los dientes. Debajo del brazo lleva el largo látigo con la cuerda enrollada alrededor del corto mango. Sacude el sombrero, lo coloca sobre la mesa de maquillaje, al lado deja el látigo. Luego se sienta a caballo en la silla con el respaldo entre las rodillas. Eso significa que tiene algo importante que decir. El payaso está de pie y se esfuerza en parecer atento.

-Bueno -dice el director-, tú sabes de qué se trata.

Vuelve la cabeza como `si temiese que alguien pudiera escucharles en el pequeño espacio.

El payaso asiente.

Se trata de despertar.

-Nosotros colaboramos -prosigue el director, bajando la voz-, ahora no nos queda otro remedio. Los demás están todos de acuerdo. ¿Y tú?

El payaso vuelve a asentir.

El director le agarra del hombro y lo sacude un poco.

-Escucha, ahora ya no interesa tu número. Ya no interesa en absoluto el circo. Todo eso se acabó desde esta tarde. Esas son cosas para tiempos normales.

Cosas para otro sueño.

-Tienes que decidirte -dice la boca con la punta de cigarro-, con nosotros o contra nosotros, caliente o frío. Quien trate de mantenerse al margen es un traidor y será tratado como un traidor por todos.

Está prohibido despertarse.

El payaso asiente por tercera vez.

-Bien -oye la voz ronca del director-, entonces nos fiamos de ti, viejo. Te esperamos a medianoche en la sesión del comité. Pero sé puntual, ¿me oyes? Allí te enterarás de todo lo demás. Aquí está la dirección

El director le entrega una nota.

-¡Léela, memorízala y quémala después! En ningún caso deberá caer en manos de otra persona, sea quien sea. ¿Comprendido?

El payaso no deja de asentir.

El director le da un cachete amistoso, coge su sombrero y se va. Ha olvidado el látigo. El payaso lo contempla cómo está allí sobre la mesa de maquillaje, extiende cautamente la mano para cogerlo y se tumba en la cama. Desenrolla la cuerda, vuelve a enrollarla, la desenrolla de nuevo.

Al fin y al cabo no puedo ser el único que se ha dado cuenta. Tan listo no soy. Sólo se han puesto de acuerdo en no hablar de ello. ¿O acaso quieren que sea precisamente así? ¿Les gusta a todos este sueño?

El payaso se levanta, se pone su viejo abrigo, se enrolla una larga bufanda alrededor del cuello y se pone el sombrero. Lee una vez más las señas, luego quema el papel en el cenicero. Las llamas se elevan y se apagan.

Fuera, detrás del campo donde están las roulottes, empieza una pequeña pradera pisoteada. Allí encuentra un grupo de colegas que miran en silencio en una dirección. Se acerca para ver qué miran.

A cierta distancia, donde comienza la calle iluminada que conduce al centro de la ciudad, varios soldados de la milicia con uniforme negro conducen a unos veinte hombres y mujeres cuyas manos están atadas a la espalda. Aunque ninguno de los detenidos opone resistencia, los uniformados les golpean constantemente con porras.

Ya el deseo de despertar es considerado un crimen.

-No soporto este espectáculo -masculla una acróbata que está delante del payaso-, sencillamente no lo soporto.

Su compañero, que está a su lado, trata de sujetarla, pero ella se suelta y corre hacia el grupo de los detenidos. Todavía va vestida con su maillot, sólo se ha echado un abrigo encima de los hombros. Da varias vueltas alrededor de los uniformados, realiza toda clase de movimientos provocativos y les insulta a la cara, mientras tanto ha perdido su abrigo. Los soldados de la milicia ni siquiera la miran. En cambio, uno de los detenidos cae de pronto al suelo como muerto. Uno de los uniformados le da una patada en el costado. Como eso no sirve de nada, golpea al hombre con la porra. El resto de los detenidos se ha quedado parado y contempla la escena con caras pálidas, adormiladas.

La acróbata vuelve, ahora sin su abrigo, al grupo de la gente del circo.

-¡Haced algo! -balbucea-. ¡No os quedéis ahí como idiotas!
¡Haced algo!

Siempre me he esforzado, damas y caballeros, hice lo que pude.

El payaso se abre paso hacia adelante. Acaricia la mejilla de la acróbata y susurra:

-Dejadme a mí.

Miradas de asombro se dirigen a él. La acróbata susurra:

-¿Habéis oído?

*¿Cómo se puede tener miedo si se está a punto de despertar?
Yo soy también sólo un sueño. Mi existencia es ridícula e increíble.*

Mientras tanto otros dos soldados con uniformes negros han surgido con metralletas debajo del brazo entre las roulottes y caminan hacia la gente del circo.

El payaso va a su encuentro. Ellos se detienen con las armas listas. Sus caras son jóvenes, infantiles y están un poco hinchadas. Parece como si durmiesen con los ojos abiertos.

El payaso saca del bolsillo del abrigo el látigo enrollado del director y saluda llevándoselo al ala del sombrero. Los dos

uniformes miran inseguros el látigo, luego intercambian una mirada rápida y se ponen firmes.

-¿Me conocéis? -pregunta el payaso en tono cortante y acostumbrado a dar órdenes.

Los dos intercambian de nuevo una mirada insegura, luego dice uno:

-A sus órdenes, no señor.

-¡Me conoceréis -prosigue el payaso- y os garantizo que lamentaréis haberos cruzado en mi camino! ¿Habéis visto lo que ha sucedido allí enfrente?

-No, señor dice esta vez el otro soldado.

-¿Qué imbécil tiene aquí el mando? -les increpa el payaso-. ¡Nadie sabe nada del otro, nadie sabe lo que pasa, cada cual hace lo que le da la gana! La palabra disciplina parece ser aquí desconocida. ¡Allí se llevan a una gente cuya detención me corresponde a mí, exclusivamente a mí! ¡Esos idiotas han desbaratado con su precipitación uno de nuestros planes más importantes! ¡Maldita sea, aquí no estamos jugando a guardias y ladrones, comprendido! ¡Datos prisa, zopencos, y comunicad a vuestros compañeros que los prisioneros deben ser puestos inmediatamente en libertad, inmediatamente! ¿Lo habéis comprendido?

-Sí -dice el primer uniformado-, ¿pero de quién diré que viene la orden?

-¡De mí! -le grita el payaso-, ¡dile a esos malditos estúpidos que la orden viene' del hombre del látigo! Espero que estén mejor informados que vosotros dos, si no que Dios se apiade de ellos. ¿A qué esperáis? ¡Datos prisa, hopp!

Los dos uniformados salen corriendo, no especialmente de prisa, están visiblemente confusos. El grupo de los detenidos y sus guardianes ha desaparecido mientras tanto en la oscuridad. El payaso se vuelve hacia sus colegas, pero éstos también se han ido. Está solo en el campo.

Despacio se dirige al centro de la ciudad. Tiene aún mucho tiempo hasta medianoche, pero tendrá que buscar la dirección que le ha dado el director. Y tiene un sentido de la orientación

deplorable. Camina y camina, un paso tras otro, a ciegas, como ha caminado toda su vida.

Como caminan todos toda su vida sin conocer el momento siguiente, sin saber si con el próximo paso pisarán aún suelo firme o caerán en la nada. Este mundo es tan precario que cada paso es una decisión.

Esa peculiar manera de caminar es la que hace reír a los espectadores nada más empezar su número. Sólo necesita salir a la pista tambaleándose siempre un poco, vacilante y superando con cada paso la vacilación, actuando de manera desafiante, por así decirlo, como si quisiera arriesgarse. Como un niño testarudo.

En las calles por las que pasa hay automóviles volcados, algunos arden aún un poco. Muchas ventanas están rotas y los cristales crujen debajo de las suelas. Pasa por encima de un perro muerto y más tarde, en un charco de aceite, ve un pájaro caído de espaldas con las alas extendidas. Probablemente le ha matado el humo.

Mi existencia es incomprensible y ridícula. Pero nunca estuvo a mi alcance poder elegir otra. Uno no deja de ser quien es. La libertad existe siempre sólo en el futuro. En el pasado ya no se puede encontrar. Nadie puede escoger otro pasado. Todo lo que sucede tenía que suceder como sucedió. A posteriori todo es inevitable, a priori nada. Lo único que importa es despertar del sueño. A pesar de todo, corremos detrás de la libertad, no podemos hacer otra cosa, pero la libertad camina siempre un paso por delante como un espejismo, existe siempre en el próximo instante, siempre en el futuro. Y el futuro es oscuro, una pared negra, impenetrable ante nuestros ojos. No, pasa entre nuestros dos ojos, a través de la cabeza. Estamos ciegos. Cegados por el futuro. No vemos nunca lo que está ante nosotros, nunca el próximo segundo, hasta que nos rompemos la nariz contra él. Vemos sólo lo que hemos visto ya. Es decir, nada.

El payaso entra en una de las casas. Está iluminada turbiamente. Las puertas están destrozadas, en las viviendas encuentra sillas volcadas, muebles rotos, huellas de fuego,

cortinas desgarradas. Alrededor de una mesa hay personas sentadas, parecen llevar allí mucho tiempo, pues las arañas han tejido sus telas entre ellas. Las caras reseca como las de las momias enseñan los dientes o tienen las bocas abiertas como para una carcajada inaudible. El payaso descubre entre ellas a un joven delgado que duerme con la cabeza apoyada en los brazos. Sobre el polvo del tablero de la mesa hay números escritos, muchos números. El muchacho duerme como un niño y el payaso sale silenciosamente para no despertarle.

Entra en patios traseros y trepa por encima de muros que se desmoronan y al final se pierde irremediamente, como era de esperar. Sin embargo, eso no le preocupa demasiado.

Y entonces se encuentra de pronto en una amplia plaza iluminada. De muchos escaparates de un gran almacén sale luz.

El payaso va de uno a otro, todos están vacíos, Sólo cuando dobla una esquina ve un grupo de personas delante de uno de los cristales mirando inmóviles, entre ellas hay también algunos hombres con uniforme negro. No está del todo seguro, pero le

da la impresión de que están también los dos con los que habló, y los otros que se llevaban a los detenidos y también sus víctimas están allí. Ya no se interesan los unos por los otros, están completamente cautivados con lo que ven en el escaparate.

El payaso se pone de puntillas y mira por encima de sus cabezas. Detrás del gran cristal pululan bichos gigantescos, gusanos acorazados largos como un brazo que se yerguen con mil patitas trémulas, cochinillas y escarabajos del tamaño de una mano, grandes y negros como botas. En lo alto flota una gran esfera, pulida y metálica. Flota al parecer libremente en el aire, sin ningún dispositivo de sujeción ni hilos y gira en todas las direcciones, tan pronto despacio, tan pronto vertiginosamente. Sobre la esfera se encuentra una rata, una rata enorme, casi tan grande como un perro. Corre hábilmente en la dirección opuesta para mantenerse sobre la esfera.

Quién sabe cuánto tiempo lleva ya en esa terrible situación. Parece agotada, su piel está mojada y erizada de sudor frío, su boca entreabierta de manera que se ven dos largos dientes roedores amarillos, su respiración es agitada.

No podrá seguir mucho tiempo así, pronto se resbalará y caerá en el espantoso hervidero que ya alarga ávido mil antenas y tenazas.

Ese es, pues, el espectáculo que reúne a la gente ante el cristal.

El infierno es una pesadilla que no acaba nunca. Pero ¿cómo he entrado en él? ¿Qué tengo que hacer para despertar por fin?

El payaso mira las caras de los circunstantes. Sus ojos están abiertos, pero son vidriosos como los ojos de los que duermen. Algunos tienen la boca abierta. Nadie repara en quien los mira fijamente tan de cerca. También se han olvidado los unos de los otros. Y él sabe que ninguno de esos muñecos vivientes le respondería si les preguntase por el camino. Además no puede hacerlo, no puede nombrar la dirección bajo ningún concepto.

Me dirijo a ti, al que me sueña, quien quiera que seas. Sé que no puedo hacer nada contra ti, tú eres el más fuerte. Llévame a donde quieras, pero ten presente que a mí ya no me engañas.

Si saber cómo, el payaso se encuentra al cabo de un rato cerca del edificio que le había indicado el director; se trata de una pequeña pensión de artistas que él ya conocía de antes. En la calle yacen cadáveres rígidos y absurdamente descoyuntados como figuras de escaparate. Entre medias esparcidos algunos miembros, también cabezas con sombreros y corbatas alrededor del cuello.

Cuando el payaso dobla hacia la calle donde se encuentra la pensión, ve ya desde lejos que está llena de personas que se mueven de un lado a otro como olas del mar. Delante de la puerta de la pensión se agolpan y retroceden de nuevo. Pero todo eso sucede sin un solo ruido y exageradamente despacio.

También hay entre ellas muchos hombres con uniformes negros y otros con largos abrigos de cuero. Cada uno parece pegar al otro con todas sus fuerzas, pero debido a la lentitud del movimiento todo es como un ceremonial fantasmagórico. Con amplios movimientos danzarines cada uno estrella el puño o lo que sujeta en él en la cara del que se encuentra más cerca. No se oye nada, excepto un sordo jadeo general y el restallar y el estrépito de los golpes.

El payaso se aparta rápidamente y se sube el cuello del abrigo para ocultar la cara, pues uno de los matones se ha fijado en él y le señala con el dedo. Otros vuelven sus caras indiferentes e hinchadas y ahora viene hacia él un grupo con pasos largos, medió flotantes. Otros se suman a ellos. El payaso dobla rápidamente una esquina a un callejón oscuro, luego al próximo y a otro. Mientras corre, mira hacia atrás y no ve a ningún perseguidor. Quizás les ha despistado.

No tiene sentido huir. No hay ningún refugio. Lo que aquí sucede, sucede por todas partes. Sucede siempre. El que huye cae aún más en la trampa.

Después de atravesar otras oscuras callejas, descubre la entrada apenas iluminada de un local, una cervecería, al parecer. La entrada consiste en una enorme puerta giratoria; delante y dentro de ella dan tumbos unos borrachos. Al acercarse, el payaso duda de que sean borrachos, pues todos tienen los ojos cerrados y extienden los brazos como si se hiciesen los ciegos. Tal vez son sonámbulos y lunáticos, pues cuando se dirige a uno de ellos en voz baja, éste no contesta, sino que continúa vagando de un lado a otro con los brazos extendidos. Quizás fingen, quizás no. El payaso decide entrar y esperar en el local hasta que pueda regresar a la pensión. Pasa por la puerta giratoria.

El local se encuentra en el sótano, y el payaso baja dando trapiés algunos peldaños que no había visto. Ante él se abre un espacio alargado como un tubo que se pierde hacia el fondo en la penumbra y las nubes de humo. Sólo algunas bombillas desnudas de escasa potencia cuelgan del techo y difunden una luz mortecina. En la esquina más alejada a la

izquierda se alza una especie de tribuna rodeada de una barandilla de madera tallada. Todas las mesas del local, a excepción de la de la tribuna, están ocupadas. Vasos de cerveza medio vacíos, ceniceros volcados y restos de comida cubren los tableros. Los clientes están apretados unos contra otros, muchos descansan sus caras sobre los brazos, algunos están tumbados con la mejilla en un charco de cerveza mientras los brazos cuelgan debajo de la mesa, todos duermen con las bocas abiertas. Resoplidos y ronquidos llenan el aire fétido. De cuando en cuando se mueve uno de los durmientes, desplaza pesadamente su cabeza de un lado a otro y suspira como si no encontrase la postura adecuada.

El payaso busca un camino entre las mesas, por encima de piernas estiradas, hacia la tribuna del fondo, para alcanzar el único sitio libre. Llega a la barandilla de madera y comprueba que ésta no tiene ninguna abertura de entrada, tampoco hay escalones que conduzcan arriba. Así que trepa cuidadosamente, para no molestar a ninguno de los durmientes, a la mesa más próxima y desde allí pasa por encima de la barandilla. Con un suspiro se sienta en una de las sillas, apoya la barbilla en un puño y espera.

Sueñan que sueñan. Están en otro sueño. No hay que despertarles. Quisiera poder dormir como ellos.

-¿Pero me están escuchando? -pregunta alguien, irritado, a media voz.

El payaso se estremece. Sólo ahora se da cuenta de que alguien le habla en voz baja desde hace un buen rato. Es el director.

-Claro que sí -murmura el payaso-, escucho atentamente. En su turbia memoria busca alguna palabra que ha oído. Ahora recuerda que el otro decía que la sesión del comité había sido trasladada allí en el último instante, porque la milicia se había enterado a través de un traidor y la pensión había sido acordonada.

-No parece impresionarte demasiado -dice el director, mirando desconfiado al payaso-. ¿Tienes idea de quién puede haber sido el traidor?

El payaso sacude la cabeza.

-¿Cómo sabías que estábamos aquí? -sigue inquiriendo el director mordisqueando la punta fría del cigarro-, ¿o te ha traído aquí el puro azar?

El payaso asiente.

-Muchas coincidencias, ¿no te parece? -pregunta el director.

El payaso asiente profundo, luego se vuelve en su silla y dice a voces:

-¡Pero el servicio es catastrófico! ¿Cuánto hay que esperar aquí para encargar algo?

-¡Silencio! -exclama el director con voz ahogada, tapándole la boca.

Cuando vuelve a soltarle, el payaso pregunta:

-¿Por qué?

El director se hecha hacia atrás.

-Escucha, he asumido la responsabilidad de ti. Yo respondo de ti. Pero entre nosotros hay algunos que están convencidos de que sólo tú puedes ser el traidor. Les he dicho que te considero incapaz de cometer semejante marranada. ¿Qué tienes que decir a eso?

El payaso saca del bolsillo de su abrigo el látigo del director y lo deja delante de él.

-¡Toma! -dice-, lo habías olvidado.

El director gira la punta del cigarro entre los labios.

-Gracias, viejo, ya no lo necesito.

De nuevo examina al payaso con ojos inquisitivos.

-Nadie oyó lo que dijiste a los del uniforme negro. Hay algunos entre nosotros que quisieran saberlo. ¿Qué dijiste?

-Les ordené que obligaran a los otros a dejar en libertad a los prisioneros.

-¿Eso dijiste? ¿Y ellos qué contestaron?

-Obedecieron porque vieron el látigo.

El director enciende la punta del cigarro y da dos o tres chupadas con los ojos cerrados. Luego se domina, da al payaso una palmada admirativa en la rodilla y sonríe.

-Te creo. Te conozco y te creo. Nosotros lo arreglaremos todo. Déjame a mí, viejo.

Se inclina hacia adelante y mira al payaso intensamente a los ojos.

-¿Qué te parece, pronuncio ahora mismo mi discurso?

El payaso mira por encima de los durmientes y asiente.

No se les debería despertar. Están en otro sueño. Quizás son ellos los que sueñan este mundo.

Desde luego -dice-, éste es el momento oportuno.

El director se pone de pie y se acerca a la barandilla. Pero entonces parecen entrarle dudas y se vuelve hacia el payaso.

-Creo que será preferible preguntar primero al dueño. Es de los nuestros, pero tal vez sea mejor que pregunte si está de acuerdo. Al fin y al cabo es su local.

-Deberías hacerlo -opina el payaso.

El director se dispone a trepar por encima de la barandilla. Ya está sentado a caballo, pero entonces se detiene una vez más y susurra al payaso:

-Oye, tú podrías pronunciar algunas palabras de introducción. Ya sabes: calentar un poco a los oyentes y todo eso. Yo vuelvo en seguida y me encargo del discurso.

El payaso asiente sin fuerza.

-Tú ya sabes que no sé hacer eso. Lo confundo todo tan fácilmente.

-¡Pues te dominas! -bufa el director, furioso-. ¿Es que no lo comprendes? Te estoy dando una oportunidad. Quizás sea la última.

-¿De qué voy a hablar?

-De lo que quieras.

El director salta al suelo, se sujeta con ambas manos a las barras de madera de la barandilla y dice entre ellas al payaso:

-Lo importante es que animes a la gente. De eso se trata.

Se trata de despertar. Es lo único que importa.

El payaso sigue con la mirada al director, que se abre camino entre las mesas hacia una puerta en la pared lateral del largo recinto. Allí se da otra vez la vuelta y hace un gesto enérgico con la mano. Cuando abre la puerta, se oye por un instante ruido de voces, también hay voces de mujer entre ellas, suenan excitadas, como si hubiese una pelea. Probablemente es la entrada a la cocina.

No quiero hablar. No quiero volver a tener que hablar nunca. No tengo ya nada que decir.

El payaso baja rápidamente por encima de la barandilla a una de las largas mesas y corre, teniendo cuidado de no tocar a nadie, entre las cabezas de los que duermen y los vasos de cerveza hacia el final del tablero. Quiere largarse.

Es inútil huir. No hay ningún refugio.

Cuando se dispone a bajar al suelo se abre la puerta de la cocina y el director asoma la cabeza.

-¿Has empezado ya?

-Aún no -contesta desanimado el payaso-, me disponía a hacerlo.

-¡Date prisa! -dice el director-, cuento contigo -su cabeza desaparece.

El payaso se incorpora. Está de pie sobre la mesa y se vuelve hacia todos los lados, luego cruza los brazos en la espalda como un escolar que tiene que recitar una poesía.

¡Distinguido público, mis queridos soñadores!

El número que viene a continuación es único en el mundo y exige la máxima concentración. Por eso rogamos completo silencio y un redoble de tambor. Este es el momento de la verdad, pero yo no sé, sinceramente, lo que es un momento y no sé nada de la verdad, y menos aún a quién me refiero con «yo».

Cuando vine a este sueño que vosotros llamáis el mundo, éste era malo y ha seguido siendo malo o se ha vuelto aún peor. Yo

no tengo memoria. Tampoco sé contar detalles. Siempre lo olvido todo. Pensé que era el sueño equivocado o el mundo equivocado al que había ido a parar. O quizás era yo el equivocado para este mundo, para este sueño. Me han aporreado y encerrado, me han elogiado y, a veces, me han dado mucho dinero, aunque siempre era el mismo y hacía lo mismo. Por eso me he dedicado a hacerles reír y llorar. Eso era lo que yo sabía hacer.

El payaso se siente un poco importunado porque le alcanza el cartón fieltroso de un vaso de cerveza. Alguien le ha elegido, al parecer, como blanco de una broma. Se vuelve hacia el bromista y descubre sobre la tribuna donde acaba de estar con el director a un hombre grande, calvo, de complexión atlética, que le dirige una risa ingenua y sigue lanzándole los redondos cartones de fieltro. Al parecer, se trata del mozo del local, pues lleva un delantal verde. Como el payaso supone que el forzudo no tiene mala intención, le da a entender con un movimiento de la mano que ahora no puede intervenir en el juego porque está ocupado con algo importante. Al mismo tiempo esboza una sonrisa simpática para no irritar al tosco personaje. Pero como éste le sigue molestando con una sonrisa fija, el payaso pasa a una mesa que está más alejada.

Espero y espero despertar por fin, pero no puedo. Como un nadador que se ha perdido debajo de la capa de hielo, busco un lugar para emerger. Pero no hay ningún lugar. Toda la vida nado con la respiración contenida. No sé cómo podéis vosotros hacerlo.

El payaso tiene que agacharse para esquivar otros cartones arrojados con puntería. Pero al ser alcanzado por algunos proyectiles, toma a su vez uno de los reblandecidos discos de cartón que hay sobre la mesa y lo lanza contra el mozo, sonriendo siempre, claro, y con la esperanza de contener por fin al bruto o de moverle a dejar ese estúpido juego. De hecho, el mozo se detiene, sorprendido. El payaso mira hacia todos los lados con la esperanza de que el director regrese por fin y se haga cargo de la situación. Pero no aparece por ninguna parte.

¿O acaso nuestro soñador no sabe que sólo nos sueña a nosotros? ¿Puedo yo, un sueño, explicárselo para que despierte de una vez? Y explicadme una cosa, damas y caballeros, ¿qué sucede con un sueño cuando despierta el soñador? ¿Nada? ¿No sucede ya nada? Pero yo quiero salir de aquí, ¡en serio! No quiero seguir soñando que existo. Tampoco quiero dejarme soñar por no se sabe quién. ¿O acaso nos soñamos todos los unos a los otros? ¿Somos un tejido de sueños, una selva de sueños sin límites y sin fondo? ¿Somos todos un cínico sueño que nadie sueña?

En ese momento un vaso de cerveza pasa rozando la cabeza del payaso y se estrella estrepitosamente detrás de él contra la pared. El mozo no puede haberlo lanzado, pues venía de una dirección completamente distinta. Pero el payaso tampoco ha visto que uno de los durmientes se haya movido. Mientras escudriña en torno suyo con la mano sobre los ojos, de otra dirección le viene volando una botella que esquiva a duras penas. Más botellas, vasos de cerveza, ceniceros de piedra y otros objetos la siguen procedentes de todas direcciones hasta que se desencadena una verdadera lluvia de estos proyectiles a su alrededor. Levanta los brazos para proteger la cabeza y se agacha, pero así, con la visión entorpecida, no puede esquivar ya con la suficiente rapidez y es alcanzado varias veces dolorosamente en la espalda, los hombros y los brazos.

Como la fuerza de los proyectiles aumenta cada vez más, de manera que pronto atraviesan el aire con el aullido estridente de las balas perdidas, el payaso considera aconsejable saltar de la mesa. A gatas y tratando siempre de estar a cubierto, avanza entre las piernas de los inmóviles durmientes hacia la puerta de la cocina. La alcanza por fin, pero ésta no se deja abrir. No porque haya sido cerrada con llave, sino porque al parecer han colocado pesados muebles al otro lado. Tira violentamente del picaporte, martillea la puerta con los puños, lo que apenas se oye en el tumulto de los proyectiles, y se apoya contra ella con todas sus fuerzas, ya no demasiado grandes. Es inútil. Se incorpora y se vuelve a mirar a la sala. Ahora tampoco está ya el mozo, tal vez ya ha huido también

del bombardeo. El payaso está solo con el ejército de los durmientes y su batalla.

Pero si resulta que sólo soy vuestro sueño común, que todos vosotros me habéis soñado desde el principio, que nunca fui otra cosa que el sueño de mi venerado público; entonces os ruego, mis queridos soñadores, os pido de todo corazón: ¡dejadme marchar! ¡Soñad a partir de ahora con otra cosa, pero no conmigo! No puedo más. No pretendo que os despertéis. ¡Por mí seguid durmiendo mientras queráis y dormid bien, pero dejad de soñarme! Os habéis divertido conmigo, dejad ahora que me vaya, por favor!

En ese instante se estrella contra su frente un jarro de cerveza con la fuerza de una granada y se hace añicos. La pálida y vieja cara de recién nacido del payaso está de pronto roja de sangre y muestra la expresión de la más profunda sorpresa y completa comprensión. Sonríe como si por fin hubiese comprendido todo. Sus brazos realizan el ceremonioso gesto con el que siempre ha agradecido el aplauso de los espectadores, luego cae hacia adelante rígido como una figura de cera sobre el suelo de madera cubierto de cascotes.

6. DE VUELTA A CASA⁸

A la salida de la oficina, el hombre de los ojos de pez subió al segundo vagón de la línea 6. El tranvía estaba lleno, como de costumbre a aquellas horas. Los viajeros, en su mayoría hombres, llevaban los cuellos de los abrigos subidos y los sombreros calados sobre la frente. Hacía mucho frío aquella tarde y el hombre observó con mirada redonda y vacía las nubecitas de vapor que se elevaban de muchas bocas. Durante un rato tuvo que estar de pie, pero después de la quinta parada quedó libre un asiento delante de él y se sentó. Hasta la última parada quedaba mucho tiempo. Extrajo un periódico del bolsillo interior de su abrigo, lo alisó cuidadosamente y se enfrascó en su lectura. Por algún motivo no lograba, sin embargo, concentrarse en el texto. No comprendía el sentido de algunas frases, ni siquiera después de leerlas varias veces. Por fin observó en las páginas siguientes algunas erratas, al principio aisladas, pero luego cada vez más frecuentes. Evidentemente, algunas palabras o líneas, hasta párrafos enteros, habían sido impresos, por error o negligencia del tipógrafo, en un alfabeto desconocido, quizás griego o cirílico. En cualquier caso, decidió escribir esa misma tarde una carta de protesta a la dirección. El viaje que tenía que hacer dos veces al día, de ida por la mañana y de vuelta por la tarde, solía durar tres cuartos de hora. Los días malos, con grandes atascos, podía durar mucho más. Sin embargo, tales demoras le resultaban más agradables que molestas. No le gustaba llegar a su piso. No se sentía allí en casa. En realidad nunca se había sentido en casa en ninguna parte. Cuando los colegas hablaban de ello en la oficina, escuchaba y trataba en vano de imaginárselo. Sin embargo, con el paso de los años se había acostumbrado a esa deficiencia como a un pequeño defecto físico al que uno termina por adaptarse. Como vivía solo, su día terminaba irremisiblemente en cuanto cerraba detrás de sí la puerta de su casa. En cambio, mientras iba en el tranvía le parecía tener abiertas toda clase de posibilidades. No pensaba en nada

⁸ *El espejo en el espejo*, 1986. Ed. Alfaguara.

concreto, todas las tardes era la misma pequeña esperanza absurda y la misma pequeña desilusión apenas consciente. Al cabo de un rato alzó la vista de su lectura. Le sorprendió que el coche se hubiese vaciado hoy casi por completo tan pronto. Sólo quedaban cuatro personas, o más bien cinco con él. Enfrente estaban sentadas dos mujeres mayores y gordas con enormes bolsas de la compra que no estaban al parecer dispuestas a soltar ni un solo instante, al tiempo que se escudriñaban mutuamente con desconfianza. Ambas mujeres estaban empaquetadas en una cantidad casi ridícula de bufandas, chaquetas de punto y pañuelos de lana, ambas llevaban guantes que dejaban libres las puntas de los dedos. En la medida en que se podían distinguir sus enrojecidos rostros entre los embozos, tenían un parecido sorprendente. Quizás eran hermanas.

Un poco más lejos estaba sentado un hombre pequeño, vestido miserablemente, que miraba hacia el suelo y sacudía de manera intermitente la cabeza, como si tratase de comprender algo que nunca llegaba a entender. A su lado se encontraba un niño pequeño delicado con una gorra de marinero sobre el largo pelo rubio, que canturreaba, mientras derretía con los dedos agujeros para mirar a través de la capa de hielo del cristal de la ventana. De pronto pareció haber descubierto algo afuera, pues empezó a zarandear excitado al hombre, le agarró incluso la cara para lograr su atención. Pasó un rato antes de que éste se hubiese dado cuenta hasta el punto de acercar su oído al niño, recoger el importante mensaje y asentir. El tranvía se detuvo y ambos abandonaron el coche cogidos de la mano.

Cuando se aproximaba la siguiente parada las mujeres también se levantaron y arrastraron, suspirando y resoplando, sus enormes bolsas de mercado hacia las puertas de salida, una hacia la trasera, la otra hacia la delantera, al mismo tiempo se volvieron para mirarse con encono, aunque eso no sucedió sin dificultad, debido a su gordura.

El hombre de los ojos de pez las siguió con la mirada. Hizo con su aliento un agujero en el hielo de su cristal para comprobar si ambas tomaban la misma dirección, pero no pudo

descubrirlas por ninguna parte. El tranvía arrancó de nuevo, él se recostó hacia atrás y dejó vagar su mirada por el coche vacío.

Al cabo de un rato se le ocurrió que podría subir todavía un revisor. Se desabrochó el abrigo y buscó en todos los bolsillos su tarjeta de viajero, pero no la pudo encontrar. Era la primera vez que le sucedía eso y le pareció del todo incomprensible. Ciertamente no era muy probable que en el último tramo del trayecto subiese todavía un revisor, pero en el caso de que sucediese, habría problemas. El asunto se le iba iniciando y volvió a buscar de nuevo en todos sus bolsillos. Finalmente desistió y trató de recordar cuando había tenido por última vez el documento en la mano, pero fue en vano.

Un poco más tarde le llamó la atención que el sol, que al terminar la oficina estaba a punto de ponerse, no había desaparecido aún del todo. Al contrario, no había duda de que se había elevado ligeramente. Eso le extrañó.

Rascó con las uñas las flores de escarcha del cristal de la ventana y se asomó. Villas pasaban de largo y pequeñas casas de campo de madera rodeadas de grandes jardines florecientes. Unos niños estaban columpiándose con vestiditos ligeros de verano o medio desnudos.

Al hombre de los ojos de pez le pareció insensato. Los niños podían morir. En la oficina era el 23 de enero. Pero los árboles allí fuera estaban verdes y algunos incluso llenos de flores. Entonces entró en su campo visual un monumento rodeado de macizos de flores. Representaba a un ciervo descansando, de cuya frente brotaban en lugar de cuernos ramas vivas llenas de hojas.

Hacía casi dieciséis años que recorría aquel trayecto, pero nunca le había llamado la atención aquel monumento. En ese momento no hubiese podido siquiera decir dónde se encontraba ahora el tranvía. Desabrochó la manga de su abrigo y echó una mirada a su reloj de pulsera. Al parecer, las manecillas habían marchado hacia atrás. Tendría que llevar el reloj a reparar y prescindir de él algunos días. Esa perspectiva le resultaba más que desagradable, pues vivía de acuerdo con un horario exacto. Se quitó el reloj, se lo llevó al oído y lo

sacudió. A continuación se paró. Evidentemente, el conductor del tranvía se esforzaba en recuperar el tiempo perdido. No respetaba ya ninguna parada y conducía desde hacía bastante tiempo a una velocidad no permitida. Al hombre de los ojos de pez le pareció insensato.

Poco a poco empezó a deshacerse la capa de hielo de las ventanas. Pequeños trozos se resbalaban por los cristales, se montaban unos sobre otros y se desprendían. El tranvía iba ahora por un bosque. Entre plantas de grandes hojas se alzaban helechos gigantes, equisetáceas como árboles y palmeras. Al hombre de los ojos de pez le asaltaron dudas de haberse equivocado quizás de línea. Pero eso no era posible, pues por la parada en la que había subido no pasaba ninguna otra línea aparte de la 6. Por lo tanto, estaba descartado un error. Se echó hacia atrás y esperó.

Un relincho salvaje le sobresaltó. Un caballo blanco galopaba junto al vagón, justo debajo de la ventana. Estaba ensillado y embridado a la manera oriental, su crin y su cola tremolaban al viento. A veces desaparecía durante unos segundos a su mirada detrás de la hojarasca y la maleza, pero una y otra vez se acercaba al coche en marcha. El hombre de los ojos de pez, que no se había fijado si el animal llevaba mucho rato comportándose de tan extraña manera, tampoco consideró que fuese asunto suyo emprender algo en contra. Pero como el caballo blanco seguía tenazmente en su actitud, finalmente se puso en pie, se dirigió a la plataforma posterior y trató de ahuyentar con gestos al animal. Como no tuvo ningún éxito, trató incluso de abrir la puerta, aunque las puertas eran automáticas y permanecían cerradas durante la marcha. Sin embargo, para su sorpresa, lo logró iras algún forcejeo. Aire caliente y húmedo entró en el coche.

Cuando el caballo blanco divisó al hombre en la puerta abierta, se acercó en seguida, y se mantuvo de tal manera que éste hubiese podido saltar fácilmente desde el estribo a la silla. Casi rozaba la pared del coche. El hombre de los ojos de pez daba patadas, remaba con los brazos y gritaba: — ¡Fuera! ¡Largo de aquí! Le preocupaba que le pudiese pasar algo al caballo blanco, pues probablemente hubiera significado una

parada larga del tranvía hasta que la policía hubiese establecido las circunstancias del accidente, lo cual podía retrasar su regreso a casa durante horas. Pero sus esfuerzos sólo consiguieron que el animal se empeñase aún más en aproximarse a él. Sólo cuando se le ocurrió lanzar un silbido ensordecedor metiéndose dos dedos en la boca, el caballo se detuvo instantáneamente. El hombre se sujetó a los pasamanos, inclinándose hacia afuera, y vio cómo el animal, ya a lo lejos, echaba las orejas hacia atrás y enseñaba los dientes aterrado. Después regresó a su asiento.

Mientras tanto había cambiado el paisaje. Ahora era una estepa quemada. Aquí y allá se elevaban ligeras nubes de humo de los lugares donde todavía ardía la hierba. El aire sobre la llanura tembloteaba de calor. Una vez vio a cierta distancia una comitiva de presos, figuras espantosamente escuálidas con trajes a rayas. Caminaban sobre altos zancos, probablemente a causa de las ascuas del suelo. El hombre se quitó el abrigo y lo colocó cuidadosamente a su lado sobre el respaldo del asiento. El sol estaba en el cenit. El calor le resecaba la boca. Le hubiese gustado beber algo, pero para eso tenía que esperar a llegar a casa. Mucho no podía faltar ya.

Un poco más tarde el tranvía aminoró de pronto la marcha considerablemente. Circulaba junto a un interminable complejo de fábricas desierto. Todas las ventanas de los edificios estaban rotas, los tejados agujereados y hundidos. Era evidente que también las vías del tranvía estaban muy defectuosas en ese tramo, a juzgar por el insoportable estrépito y traqueteo de las ruedas.

La única persona que pudo descubrir el hombre de los ojos de pez en la ruina de la fábrica fue un gigantesco anciano completamente desnudo, cuya barba hecha una trenza colgaba casi hasta el suelo. De pie bajo el sol deslumbrante en medio de una explanada de losetas blancas, hacía señas con la mano al hombre que pasaba en el tranvía y señalaba insistentemente con un dedo índice descomunal una calabaza que sostenía en alto con la otra mano. Al mismo tiempo gritaba. Al parecer, una palabra de una sílaba para la que ponía

los labios redondos. Pero el hombre de los ojos de pez no pudo oírlos a causa del estrépito de las ruedas. El tranvía volvió a acelerar. Circulaba por un desierto de arena, piedras y rocas aisladas que parecían figuras y máquinas medio derretidas. El hombre de los ojos de pez se dijo que el tranvía debía estar siguiendo un desvío. Esas cosas podían pasar cuando se realizaban obras en alguna parte. Su sed se había vuelto tan insoportable que le resultaba difícil respirar. Boqueó. Poco a poco se sumió en un letargo semiconsciente. Cuando volvió en sí, había refrescado mucho. Observó que el sol descendía en el horizonte, pero estaba claro que se trataba del horizonte oriental. Y de pronto se estremeció con un sollozo sin lágrimas. La sorda paciencia o indiferencia con que se había resistido hasta entonces a tomar conocimiento de lo que estaban haciendo con él, se había agotado de pronto. Dijo para sí en voz alta que aquella misma noche escribiría una queja indignada a la dirección de los transportes públicos, pero no sirvió de nada, él mismo no creía ya en ello. Ese descubrimiento le llenó de espanto. Se sentía expuesto a lo inconcebible, indefenso y desnudo, el pánico se apoderó de él. Se levantó de un salín y se dirigió tambaleándose, por las sacudidas de la marcha vertiginosa, hacia la plataforma delantera. Allí intentó divisar al conductor a través de los cristales de tres vagones. El cristal estaba cubierto de polvo y no le dejaba ver nada. Gritó, vociferó y aporreó las ventanas sin conseguir nada. Entonces agarró el freno de emergencia, pues en ese caso se consideraba con derecho a utilizarlo. Tiró con toda la fuerza de la desesperación, pero no sucedió nada. Volvió a tirar. Tiró hasta que se le agarrotó el brazo. Tiró con el otro. Al cabo de un rato le invadió una ira ciega y el agarrador se le quedó en la mano. Llorando como un niño, lo arrojó al suelo. Durante un rato se quedó mirándolo fijamente y su jadeo era interrumpido de cuando en cuando por un sollozo seco. Poco a poco se tranquilizó. Regresó a su asiento y se quedó con mirada vacía y redonda observando a través de los cristales polvorientos el páramo monótono que pasaba de largo. El único ser vivo que vio después de mucho tiempo fue un hombre vestido con el

informe y plateado traje de astronauta tirando de una ternera atada a una cuerda que se resistía y no quería acompañarle. Ambos proyectaban sombras infinitamente largas sobre la llanura. Eso fue todo.

Entonces el tranvía marchó de pronto muy despacio, casi al paso. Despertó de golpe de su sorda cavilación, cogió su abrigo y su sombrero, corrió hacia la plataforma posterior, donde todavía seguía abierta la puerta, y saltó. Había subestimado la velocidad de la marcha, tropezó con unas piedras, cayó al suelo y se quedó tumbado durante unos segundos. Entonces se le ocurrió que desde aquella interminable llanura era imposible volver a casa a pie. Aparte de la distancia, no conocía el camino, ni siquiera los puntos cardinales. Se puso de pie y vio que el tranvía no se había alejado aún demasiado. Parecía incluso haber aminorado aún más su velocidad. Empezó a correr, pero entonces el tranvía volvió a acelerar su marcha. Sólo haciendo un gran esfuerzo logró alcanzar el último estribo e izarse pataleando y medio arrastrado. A gatas entró en el vagón y se quedó tumbado en el suelo sucio sin aliento, con la cara escondida en el ángulo del brazo.

Tardó bastante en sentirse lo bastante fuerte para ponerse en pie. Cuidadosamente se sacudió el polvo de las rodillas y los codos. Su traje estaba desgarrado por varias partes, la pernera izquierda empapada de sangre a la altura de la rodilla. Había perdido el sombrero y el abrigo.

Se colocó junto a la puerta abierta y, con los ojos cerrados, dejó que el viento, que soplaba otra vez con fuerza, refrescase su rostro empapado de sudor. No oponía ya ninguna resistencia. Sabía que estaba de acuerdo con todo. Viniese lo que viniese, sería lo que él mismo quería.

El sol había descendido tanto en el horizonte oriental que le deslumbró cuando se inclinó fuera de la puerta haciéndose sombra con la mano y tratando de distinguir hacia dónde iba con el tranvía. Al principio creyó que la franja oscura del horizonte era una cadena montañosa muy lejana. Más tarde creyó contemplar una tormenta que se avecinaba y se alegró que viniese lluvia. Sólo cuando se acercó aún más y vio que

aquella cosa oscura se movía en sí misma y respiraba, le pareció un bosque removido por vientos tormentosos o una pared que alcanzaba por encima de todo el horizonte, compuesta por gigantescos telones que ondeaban despacio hacia arriba y abajo, hinchándose, entrelazándose y volviéndose a separar.

Sólo al final vio los colores: torres de ópalo que se alzaban sin cesar y volvían a perderse. Paredes tumbadas de nácar, traslúcidas, ardientes y transparentes como cristal líquido. ¡Y el blanco, el blanco que al principio le había parecido un relampagueo en el frente de la tempestad!

Entonces el hombre de los ojos de pez comprendió hacia dónde iba, lo comprendió tanto que se le paró el corazón: El mar.

Michael Ende, *El espejo en el espejo*, 1986.

“Un caminante, durante su fatigoso viaje por el país del olvido, recibe una carta. En ella se le invita, en términos sumamente respetuosos, a las bodas de un príncipe grande y poderoso. Con indecibles privaciones y peligros consigue llegar a tiempo a la fiesta, y descubre que es su propia boda. Él había sido desde el principio quien invitaba, pero lo había olvidado. Se envió a sí mismo la carta al país del olvido porque sabía que allí perdería su propia identidad. Pero sólo allí podía cumplir con la condición indispensable para poder casarse con su amada”.

de Carpeta de Apuntes

7. LA PRISIÓN DE LA LIBERTAD (cuento de la mil y once noche)⁹

El mendigo ciego al que todos llamaban Insh'allah (Lo que Dios quiera), continuó su relato, vuelto hacia el califa:

“Ya oíste, oh señor de todos los creyentes, cómo caí bajo el influjo de aquel perro griego borracho y consumidor de carne de cerdo que se hacía pasar por filósofo y que con su palabrería me hizo dudar de la sabiduría y del poder de Alá - ¡alabado sea su nombre!- y de la única y verdadera enseñanza de sus profetas -¡bendito sea el Señor!- convenciéndome con toda clase de artimañas de que el hombre tiene libre albedrío y es capaz de producir el bien o el mal según su propio juicio y su propia fuerza. Esto es blasfemia, pues significaría que la criatura puede sorprender a su creador y que también para el Ser Supremo rige el antes y el después, es decir, que no estaría por encima del tiempo, sino sometido a él como todo lo que él ha creado.

Pero tú, oh señor de todos los creyentes, sabes bien que el hombre en presencia del Eterno -¡alabado sea!- no es más que un grano de arena en el desierto y así como éste es arrastrado por el viento de un lado a otro y no puede moverse por sí mismo, así la voluntad de Alá -¡su paz sea contigo, señor!- nos mueve a esta o aquella acción, ya que por propia decisión no somos capaces de nada. Así ha sido desde el principio de los tiempos y así será su fin, pues sólo él, que está por encima de todos los tiempos, conoce el final de las cosas y nuestros más secretos deseos y acciones en todo detalle y desde hace eternidades. Por eso escucha, oh señor de todos los creyentes, cómo la bondad y el rigor del Todopoderoso actuaron conmigo para conducirme a la total sumisión a su santa voluntad, permitiendo que Iblís, el Mentiroso¹⁰, me tentara y cegara durante un tiempo.

Yo era entonces un joven en la flor de la edad y lleno de la vana presunción que el veneno del griego había destilado en

⁹ *La prisión de la libertad*, 1992. Ed. Alfaguara 1993.

¹⁰ El demonio islámico

mi corazón. Creía que mi felicidad y mis riquezas se debían a mi talento y saber de comerciante. Perdía mis días en disquisiciones filosóficas con aquel presunto maestro y amigo, y mis noches en interminables orgías. Pensé que ya no tenía que obedecer el orden revelado por Alá a través de sus profetas; abandoné las oraciones y las abluciones prescritas y fui descuidando todos los demás mandamientos de nuestra religión.

Por fin llegué hasta el punto de no cumplir el mes de ayuno, e incluso comí y bebí todo el día 27 del Ramadán en el que se celebra el Lailat al Kadr¹¹. Mis criados, escandalizados por mi proceder y aterrados ante la desgracia que así atraía sobre mi casa, huyeron. Yo me reí de ellos y prometí castigarlos públicamente cuando regresaran al día siguiente. Aquella noche me hallaba solo, borracho y medio adormilado por mis excesos, por lo que no sé decir de dónde surgió la bella danzarina que de repente vi en mi diwan¹². No la había llamado y no la conocía. Era como si hubiera tomado cuerpo de los dulces efluvios del hachís que brotaban de mi narguile.

La muchacha llevaba un vestido suelto de velos negros con hilos de plata que dejaba traslucir el brillo ebúrneo de sus bien formados miembros. Su rostro era como la luna llena, sus labios competían con las rosas de Samarcanda. Su pelo, que le caía hasta las corvas, tenía el color del plumaje del cuervo y sus manos y pies estaban enrojecidos de henna. El perfume que su cuerpo exhalaba era tan embriagador que pensé tener ante mí una hurí¹³. Empezó a girar en su danza y a doblar su delicado cuerpo mientras sus pulseras de oro tintineaban y los cascabeles de plata de sus tobillos imitaban el dulce cri-cri de los grillos. La acompañaba una música de tan arrebatador apasionamiento que no pude contenerme más.

-¿Quién eres, oh joya exquisita del amor? -exclamé-. Has de pertenecerme aunque me cueste todas mis riquezas. Dime lo que desees.

¹¹ La noche del poder divino

¹² Salón.

¹³ Muchacha del paraíso que cada mañana se vuelve virgen

Me pareció que de pronto el mundo retenía la respiración y que el tiempo se paraba. La bella se acercó, cayó de rodillas ante mí y abrazó mis pies.

-Oh, señor -respondió con la voz de una paloma arrulladora-, te pertenezco sólo a ti. Haz conmigo como plazca a tu corazón. Pero antes júrame que obedeces y siempre obedecerás a tu voluntad y no a la de otro.

-Te lo juro por Dios Todopoderoso -dije.

Ella rió y enarcó asombrada las cejas que recordaban las alas de la alondra cuando remonta el vuelo.

-¿Cómo puedes jurar en ese nombre? -preguntó burlona-. Si él es todopoderoso, las cosas suceden según su voluntad y no según la tuya.

-¡Sutilezas! -exclamé riendo también-. ¿Es que estoy rodeado de filósofos? Creí que tenías algo mejor que ofrecerme, o ¿acaso quieres que muera de amor?

Quise atraerla a mi lado sobre los cojines de seda, pero ella se defendió hábilmente y escapó a mis manos como una serpiente.

-Primero ¡júramelo!

-¿En nombre de quién o de qué he de jurar para darte gusto? La impaciencia me ganaba.

-Júramelo por la luz de tus ojos -ordenó ella, y en sus labios surgió un rasgo cruel.

Yo, enloquecido por saciar mi sed en el pozo de su jardincillo del paraíso, la obedecí.

Entonces ella fue quitándose velo tras velo hasta que ninguna parte de su cuerpo blanco como la leche quedó escondido a mis miradas. Luego vino, se inclinó sobre mí y su pelo negro como la noche nos cobijó cual una tienda. Por fin acercó su rostro al mío y descubrí que las pupilas de sus ojos eran rendijas verticales en las que refulgía una luz verdosa. Cuando abrió los labios para besarme salió de entre ellos una larga lengua bífida. Comprendí que había caído en poder de Iblís y

del susto me desplomé hacia atrás mientras mi espíritu se oscurecía.

Sentí que me llevaban por el aire, encima de países y mares. La tierra desapareció bajo mi vista y el viaje vertiginoso tomó rumbo al espacio estelar. También las estrellas desaparecieron y me hallé rodeado de oscuridad y vacío.

Estuve largo tiempo flotando en las tinieblas, más allá de los límites de la creación. Por fin percibí una luz verdosa y difuminada, pero desagradablemente punzante. Reconocí en ella el mismo brillo de las pupilas de la danzarina que me había fulminado. Ahora, sin embargo, la luz era omnipresente y no pude discernir de dónde procedía. Cerré los ojos, ya que me producía dolor. Y así pasó un rato hasta que reconocí el lugar en que estaba.

Me hallaba sobre un lecho circular, en medio de una gigantesca sala, también circular, cerrada por una cúpula. No sé cómo describir la sensación de total y definitivo abandono que me invadió y tampoco sé decir a qué características de la arquitectura se debía esa sensación. El enorme espacio se asemejaba a una mezquita, o más bien a una diabólica interpretación de ese espacio sagrado, pues así como éste está imbuido del excelso espíritu del Corán y de sus bienhechores versículos, aquél era el reflejo de un universo vacío e inanimado. Los muros eran lisos y blancos, al igual que la monumental cúpula y el suelo de mármol. No había ventanas, pero en el muro que cerraba en amplia curva la sala se alineaban múltiples puertas. Todas cerradas.

Entonces oí una voz incorpórea, parecida al silbido de una serpiente, que me hablaba desde múltiples partes:

-Éste, altivo joven, es el único lugar entre todos los lugares del universo donde no alcanza la voluntad de Alá. Así como una diminuta pompa de aire en la inmensidad del océano está libre de la húmeda sal, así este espacio en el que estarás de ahora en adelante escapa al poder y al saber del Eterno. Yo, el espíritu de la libertad absoluta, lo he creado como templo de la subversión y de la egolatría. Aprovecha la oportunidad y muéstrate digno de mi invitación.

Estas palabras me espantaron, pues no había caído hasta tal punto bajo el poder de ese perro griego como para admitir tales blasfemias. Pero no me atreví a contestar porque me aterraba confirmar con el sonido de mis palabras que había oído realmente aquellas espantosas frases. Empezaba a pensar que lo que había escuchado eran mis propias ideas.

Te parecerá comprensible, oh mi señor, que mi primer pensamiento fuera el de escapar, abandonar por el camino más rápido tan infausto sitio. Otro hombre en otro lugar se hubiera encomendado a la protección y la ayuda de Alá y él le hubiera guiado según su voluntad, pero a mí me estaba negado ese refugio. Aquí comenzó mi desgracia.

Había muchas puertas para escapar, y eso precisamente me confundía. Si sólo hubiera habido una, habría intentado abrirla de inmediato. Debía existir una razón oculta para tanta puerta. Tenía la posibilidad de escoger, pero con cautela, ya que cada una de ellas podía encerrar una trampa.

-Haces bien en dudar -dijo la voz incorpórea como si leyera mis pensamientos-. Podría ser que detrás de una de las puertas se oculte un sanguinario león que te destruya, detrás de otra florezca un jardín habitado por hadas que te regalarán miles de caricias amorosas, que por el contrario detrás de la tercera te espere un gigantesco esclavo negro para cortarte la cabeza con una espada, tras la cuarta te aguarde un abismo en el que caerás, tras la quinta una cámara llena de joyas y oro que te pertenecerán, tras la sexta un horrible ghul¹⁴ para devorarte, y así sucesivamente. No digo que sea así, pero podría ser. En cualquier caso tú elegirás tu destino. Elige bien.

Sin abandonar el lecho giré lentamente para estudiar una puerta tras otra, pero todas eran iguales, sin ninguna señal que las diferenciara. Mi corazón vacilaba entre la angustia y la esperanza hasta hacerme brotar el sudor en la frente.

¿Podía confiar en la voz? Tal vez mentía. Además no había dicho que las cosas fueran así, sino que podían ser así. Quizá eran diferentes por completo. Quizá todas las puertas estaban

¹⁴ Demonio que se alimenta de cadáveres

cerradas, excepto una, y ésta era la que yo tenía que encontrar. Resultaba evidente, por otro lado, que unos ojos invisibles me observaban. Para empezar debía descubrir qué puerta me ofrecía la posibilidad de escapar; luego tendría que aguardar un momento propicio. Lo más importante era mantener la calma, me dije. También podía ser que la única puerta no cerrada con llave fuera otra cada hora, incluso cada instante. Pero ¿quién me decía que sólo se trataba de una puerta? ¿Acaso no era posible que estuvieran sin cerrar con llave dos, tres o más puertas? Por las palabras que había escuchado no se deducía que yo fuera un prisionero. Quizá todas las puertas estaban abiertas y podía escoger cualquiera de ellas. Sin embargo, ¿por qué había tantas? Mis pensamientos giraban en círculo.

Tenía que hacer algo para cerciorarme. Me levanté del lecho, crucé la sala y me paré delante de una de las puertas sin atreverme a extender la mano hacia el picaporte. Di unos pasos hasta la próxima, luego hasta la siguiente y la siguiente. No existía razón concreta para preferir una a otra y ante cada una de ellas. Me asaltó por un instante el miedo a la posibilidad de elegir la peor. Fui andando de puerta en puerta hasta dar la vuelta completa sin llegar a una decisión.

Me puse entonces a contar puertas, sin que pudiera decir en qué medida conocer su número me ayudaría a salir de mi desesperación. Pronto tuve que interrumpir el experimento, ya que al serme imposible establecer con qué puerta había empezado a contar ignoraba en cuándo terminar. Se me ocurrió quitarme una de mis zapatillas bordadas en oro y dejarla delante de una de las puertas. Recorrí el círculo a la pata coja y al llegar de nuevo a mi zapatilla había contado 111 puertas. Me estremecí, pues ahora sabía que aquél era el lugar de la locura¹⁵.

Rápidamente me calcé, fui al lecho en el centro de la sala, me eché en él y cerré los ojos para reflexionar.

Apenas lo había hecho cuando oí la voz incorpórea:

¹⁵ 111 es, según la numerología oriental, el número de la locura

-Decídete, porque si no te quedarás aquí para siempre.

No cabía duda, la única manera de saber algo sobre las puertas consistía en sonsacar información a mi invisible carcelero. Había que proceder con el mayor tacto. Me incorporé y pregunté con aparente indiferencia:

-¿Hay alguien ahí?

-No -respondió la voz.

Un largo silencio. La sangre me latía en las sienes, pero seguí comportándome con calma. Decidí provocar a mi interlocutor. Al fin y al cabo había aprendido tanta lógica con mi maestro griego como para atreverme a un duelo retórico incluso con el Archimentiroso.

Me esforcé por dar firmeza a mi voz:

-¡Qué tonterías! ¡Seas quien seas, si dices “no” es que eres alguien y no eres “nadie”!

La voz respondió inmediatamente:

-Oh maestro del ingenio, me sumes en la confusión. ¿Puedes demostrar lo que afirmas?

-¿Para qué? -repuse-. No se demuestra lo obvio. Nadie no puede decir “no”.

-Si es como dices -continuó la voz-, ¿sería verdadero lo contrario?

-Claro.

-¿Entonces afirmas que nadie puede decir “sí”? -preguntó la voz.

-¡No!

-¿No?

-Sí, es decir, no.

-Vamos a ver, ¿sí o no? ¿O acaso quieres decir que sí es lo mismo que no?

-Quiero decir que nadie, por ser nadie, puede decir sí o no.

-Si comprendo bien tu conclusión -Contestó la voz-, ¿quieres decir que sólo alguien, en la medida en que es alguien, puede decir sí o no?

-Así es -dije.

-Bien -continuó la voz-. Es lo que yo he hecho. He dicho que no. ¿Por qué, entonces, insinúas que digo tonterías?

-Porque -dije ya agotado- nadie puede responder a la pregunta de si ahí hay alguien con un “no” sin incurrir en una contradicción.

-Perdona, oh caudillo de los pensamientos -replicó la voz-, pero ¿no será que el que se contradice eres tú? Acabas de explicarme que nadie puede decir sí o no...

-¡No dije eso! -grité.

-¿Ah, no? -preguntó la voz-. ¿Qué dijiste? ¿Qué pretendes demostrar?

Me tapé los oídos, pero seguía oyendo la voz sibilante que se me clavaba en el cerebro:

-¿Por qué dices constantemente lo que no quieres decir? ¿O acaso quieres decir que no sabes lo que quieres decir? Por favor, acláralo.

Quizá te extrañe, oh califa, que mi invisible guardián intentara confundirme de manera tan burda. Pero el Malo tiene sus métodos para tentar al hombre y romper su resistencia. Uno de ellos es el del moscón que no hace daño pero que te enloquece con su insistencia y vuelve una y otra vez a tu rostro o a tus manos... y en cada intento de acabar con él te das una bofetada a ti mismo.

No sirvió de nada que escondiera la cabeza debajo del cojín de seda de mi lecho, no había manera de acallar la voz. Cuando yo no respondía, ella repetía su última pregunta cien o mil veces, siempre igual, sin énfasis, sin alterar el tono. Y cuando por fin me decidía a contestar ella tergiversaba mis palabras - dijera lo que dijera- hasta que perdían el sentido y el significado y sólo eran sonidos vacíos. Entonces las preguntas se reanudaban.

-Ya sé lo que pretendes -grité-. Quieres que pierda la razón.

-¿Quién? -preguntó la voz.

-Tú, tú, tú -exclamé-. Eres Iblís, el Espíritu del Mal.

-¿De quién hablas? Aquí no hay nadie, como ya sabes. Yo no existo y te lo voy a demostrar. Si yo existiera, se lo debería a la voluntad del Todopoderoso. Sin embargo él no puede desear el mal, pues entonces sería él mismo malvado. Si yo, por otro lado, existiera contra su voluntad, él no sería todopoderoso, sino meramente parte de un todo y yo sería su contrario. No podríamos existir el uno sin el otro y, al mismo tiempo, nos anularíamos el uno al otro. Por lo tanto, no existimos ni él ni yo.

Esta vez no me dejé arrastrar a discutir con la voz.

Me voy.

-No conseguirás mantenerme prisionero.

-Vete tranquilamente -dijo-. ¿Qué te hace pensar que deseo retenerte? Hay muchas puertas, basta con que elijas una.

-¿No están cerradas?

-Todavía no. Es decir, ninguna está cerrada mientras no abras una de ellas.

-¿Y cuando haya abierto una?

-Entonces se cerrarán todas las demás al instante. Y no habrá vuelta. Elige bien.

Reuní todas mis fuerzas, pues sentía que mi capacidad de decisión se iba debilitando en el diálogo con el Invisible. Me arrastré hasta una de las puertas y fui a coger el picaporte.

-¡Espera! -susurró la voz.

-¿Por qué? -pregunté, y dejé caer la mano asustado.

-Recapacita bien en lo que vas a hacer. Después será demasiado tarde.

-¿Por qué no ésta?

-¿Acaso te la he desaconsejado? Dime primero por qué eliges precisamente ésta.

-Pero ¿por qué no? -respondí-. ¿Hay alguna razón para no escogerla?

-Eso debes decidirlo tú.

Dudé.

-Al ser todas las puertas iguales, da lo mismo por cuál de ellas salga.

-Antes de abrirlas todas son iguales, pero luego no -contestó la voz.

-Aconséjame -pedí.

-¿A quién pides consejo? Descubrirás lo que te espera al otro lado de la puerta si la abres. Al mismo tiempo renuncias a saber lo que te esperaba detrás de las otras puertas, ya que se cerrarán al momento. Tienes cierta razón cuando dices que da lo mismo la puerta que escojas.

A punto de romper a llorar grité:

-¿No hay pues razón alguna para una determinada elección?

-Ninguna -contestó la voz-, excepto la que tú decidas por tu propia y libre voluntad.

-¿Cómo voy a tomar una decisión si no sé adónde me conduce? -exclamé desesperado.

Se oyó un murmullo seco, como una carcajada incorpórea.

-¿Lo has sabido alguna vez? Sí, has creído toda tu vida tener razones para decidirte por esto o por aquello, pero en realidad nunca podías prever si sucedería lo que esperabas. Tus sólidas razones no eran más que sueños o elucubraciones. Como si sobre estas puertas hubiera pintadas imágenes que te engañaran con falsas indicaciones. El hombre es ciego y todas sus acciones son acciones en la oscuridad. Uno celebra su matrimonio y no sabe que dos días más tarde será viudo. Otro quiere ahorcarse acosado por las penas y las necesidades y no sabe que la embajada que le convertirá en un hombre rico ya está de camino. Uno huye a una isla desierta para escapar de su asesino y se lo encuentra allí. ¿Conoces la historia de la herradura que Sherezade le cuenta al sultán?

-Sí, la conozco -me apresuré a responder.

-Bien, por eso se dice que todas las decisiones que toma el hombre están prefiguradas en el plan universal de Alá desde el comienzo de los tiempos. Él -según dicen- te inspira cada una de tus decisiones, ya sean buenas o malas, necias o sabias, pues él te conduce según su voluntad, como a un ciego. Todo es kismet, afirman, y eso es una gran bendición. Aquí estás al margen de ella y la mano de Alá no te guiará.

Me levanté y paseé nuevamente por el círculo de puertas - hacia la izquierda, puerta por puerta, y luego a la derecha, puerta por puerta- sin poderme decidir. El exceso de posibilidades y la ausencia de necesidad me paralizaban. Entonces recité los versos siguientes¹⁶:

*Somos prisioneros, condenados a elegir al azar
entre innumerables incertidumbres
que nos atormentan.
No puede el hombre decidir con fundamento,
desconociendo el futuro.
Aunque lo conociera sus pasos
estarían determinados
porque todo está determinado,
asi que tampoco podría elegir
Sólo el Señor del Universo posee el saber.
Él guía los planetas y conduce
nuestras almas como él quiere.*

Tras interminables horas de caminar en círculo el agotamiento me postró en mi lecho. Pasé allí muchos días y noches inmóvil, deseando estar muerto para escapar así a la voz incorpórea que no cesaba de insistir en que tomara una decisión. Cuando digo “días y noches” no se ha de tomar en un sentido literal, porque no había nada que me permitiera medir el tiempo por esta alternancia. La luz verde y difuminada que dañaba los ojos no cambiaba nunca. De tiempo en tiempo caía en un sueño obtuso, del que me despertaba la voz susurrante a la renovada tortura de la elección imposible. Entonces encontraba junto a mi lecho una mesita con comida y bebida sin que nunca descubriera cómo había llegado allí. Para mis

¹⁶ De las *gacelas* de Nureddin al Akbar, hacia 1130

necesidades disponía de un orinal que se vaciaba y limpiaba regularmente. A menudo me hacía el dormido con la esperanza de descubrir la puerta por la que se me prestaban tales atenciones para utilizarla en mi huida. Pero mis esfuerzos fueron en vano.

A pesar de que no me faltaba nada de lo necesario para vivir, mis fuerzas declinaban como la llama de una lámpara de aceite en una mazmorra sin aire. Mi pelo y mi barba se volvieron grises, mis ojos se cubrieron de un velo. Comencé a buscar señales misteriosas que me guiaran en mi elección. Por ejemplo, estudiaba el orden de los alimentos y las bebidas sobre la mesita para deducir de él algún posible mensaje. Hacía complicados cálculos con su posición, su número y su forma. Hasta me dediqué a analizar mis propios excrementos esperando encontrar en ellos una clave del destino. Toda superstición nace de la necesidad de tener que decidir sin la fuerza que se requiere para ello y por eso es obra del diablo.

Es evidente, o señor de todos los creyentes, que estos trucos no me ayudaban, pues lo que yo interpretaba como signos o avisos se anulaba por signos y avisos contrarios y al final me veía abocado a mi capricho al que sin la ayuda de Alá no podía arrancar una decisión. Me sucedía como al burro de Abu Ali Dhan¹⁷, que murió de hambre entre dos montones de heno porque, atraído por ambos, no se decidía por ninguno. Yo no pasaba hambre y mis posibilidades de elección eran mayores, por lo cual mi situación resultaba todavía más penosa.

Durante mis repetidos paseos en círculo -una puerta y otra hacia la izquierda, una puerta y otra hacia la derecha- escuchaba atentamente la voz incorpórea para deducir de una ínfima inflexión en su tono qué puerta era la que debía o no debía abrir. Rogué, supliqué, gemí como un perro apaleado, me humillé de todas las maneras imaginables ante mi invisible carcelero (que en realidad no me retenía) para moverle a que aligerara un poquito la carga cada vez más insoportable de la decisión. Mi torturador, sin embargo, jugaba con mi debilidad.

¹⁷ Sin duda se refiere aquí a Buridán.

-Escucha -dijo-, ya es demasiado tarde para tus súplicas. Aunque te ordenara que abrieras esta o aquella puerta tú tendrías que decidir por ti mismo si confiar o no en mí, si seguir o no mi consejo. Aunque estuviera dispuesto a aconsejarte no te podría ayudar.

-Al menos, inténtalo -le imploré.

-Bien, no quiero que digas que rehusé darte una oportunidad. Sigue andando hasta la puerta número 72.

Recorrí las puertas contando afanosamente. Al llegar a la número 72 me paré sin aliento.

-¿Es ésta? -articulé con dificultad.

-Has dado la vuelta por la izquierda -dijo la voz-, pero se trata de la número 72 girando por la derecha.

Corrí pues contando hacia atrás por el lado derecho hasta llegar al número uno; luego continué en la misma dirección contando hasta alcanzar el 72.

-¿Ésta? -pregunté.

-No -respondió la voz-. Te has olvidado del cero y has contado mal.

-No puede haber una puerta cero -protesté.

-¿Ah, no? -fue la respuesta-. ¿Quieres que te lo demuestre?

-¡No! ¡No!

-Entonces empieza de nuevo.

Como me había equivocado no podía ya encontrar con seguridad la primera puerta. ¿Había contado una de más o una de menos? La voz no quiso aclarármelo. Tuve la convicción repentina de que había desperdiciado por ligereza la única indicación útil. Dispuse entre mis manos de un cabo de la solución y por descuido lo había dejado escapar. Lágrimas de rabia y de frustración me llenaron los ojos y golpeé muchas veces mi frente contra el suelo.

-¿Dónde debo empezar? -grité.

-Donde quieras -fue la respuesta.

-¡Pero tú me has dicho que salga por la puerta número 72!

-Yo no te he dicho eso. Te he aconsejado que siguieras andando hasta la puerta número 72. Podría haber dicho la número 28 o la número 3 para hacerte un favor. Pero no he dicho nada de abrir. Eso debes decidirlo tú.

Comprendí que el espíritu maligno jugaba conmigo y que iría muy lejos con su juego. Sin embargo, me sentía incapaz de maldecirle ya que no había hecho otra cosa que ceder a mis ruegos infantiles. A partir de ese momento guardé silencio y no contesté más a la voz que continuaba hablando sola.

No quiero cansar tus oídos, oh señor de todos los creyentes, ni agotar tu paciencia alargando el final de mi historia. El simple hecho de que hablo aquí, ante ti, demuestra que el Misericordioso, ¡alabado sea su Santo Nombre!, no había decidido abandonarme en aquel infausto lugar para siempre. Aún hoy no sé decir si fueron años, decenios, siglos, o únicamente un instante, los que pasé allí donde el tiempo no existe. Mi barba y mi pelo se habían vuelto blancos como la nieve, mi piel estaba arrugada y mi cuerpo viejo y decrepito, así como me ves ante ti, oh califa. Exhausto de la constante e insensata lucha contra las cadenas de mi libertad no esperaba ni temía ya nada, no deseaba ni huía de nada. La muerte me era tan grata como la vida, el honor no significaba más que la vergüenza, la riqueza me era tan indiferente como la pobreza. Era incapaz de la más mínima distinción, pues en aquella luz implacable todo lo que los hombres desean o temen me parecía un espejismo.

Mi interés por las puertas fue desvaneciéndose. Hacía mi ronda con intervalos cada vez mayores -puerta por puerta hacia la izquierda, puerta por puerta hacia la derecha-, hasta que renuncié por completo a mi paseo y apenas si dirigía una mirada a las puertas.

Así no me di cuenta de que se producía en ellas un cambio. Un buen día al despertarme descubrí que su número había disminuido. Utilicé de nuevo mi zapatilla, ahora gastada y vieja, como señal, y conté las puertas. Sólo había 84. Desde aquel momento repetí el recuento cada vez que me despertaba y siempre era menor el número de puertas. Nunca

vi cómo desaparecían y nunca hallé en el muro huella alguna. Parecía como si las puertas desaparecidas no hubieran existido jamás.

Después de todo lo relatado, oh señor de todos los creyentes, pensarás quizá que una vez perdidos el temor y la esperanza me resultaría fácil levantarme y abrir una cualquiera de las puertas que quedaban, una cualquiera. Pero sucedió lo contrario. Como todo me daba igual, carecía de un motivo para decidir. Si al principio me había paralizado el miedo ante un desenlace incierto, ahora la indiferencia ante lo que pudiera acaecer me impedía hacer una elección.

Cuando por fin sólo quedaban dos puertas en los lados opuestos de la sala, constaté con un interés desinteresado que en el fondo venía a ser lo mismo escoger entre innumerables posibilidades desconocidas que entre dos. Ambas cosas eran imposibles. Cuando sólo quedaba una puerta reconocí que, lo quisiera o no, tenía que decidir si marcharme o quedarme.

Me quedé.

Al despertarme la vez siguiente ya no había puertas. El muro aparecía liso y blanco. La voz incorpórea calló. Un silencio total y eterno me rodeó. Estaba seguro de que a partir de aquel momento ya no se alteraría nada, que había alcanzado el definitivo estado de la exclusión de todos los mundos, de acá y de allá.

Entonces me tiré al suelo llorando y pronuncié estas palabras:

-Te doy las gracias, Misericordioso, Altísimo y Santísimo, por haberme curado del autoengaño y haberme quitado la carga de la falaz libertad. Ahora que ya no puedo ni debo elegir me resulta fácil renunciar para siempre a mi voluntad y someterme a tu santa voluntad sin protestar y sin pretender comprender. Si ha sido tu mano la que me ha conducido a esta cárcel y me ha encerrado para siempre entre los muros, lo acepto humildemente. Nosotros, los hombres, no sabemos permanecer en un lugar ni sabemos abandonarlo sin la gracia de la ceguera por la que nos guías. Renuncio para siempre a la falsedad del libre albedrío, pues es una serpiente que se

devora a sí misma. La libertad total es la falta total de libertad. Todo el bien y toda la sabiduría están en Alá, el Todopoderoso y el Único y fuera de él no hay nada.

Caí en un estado parecido a la muerte, pero cuando al cabo de quién sabe cuánto tiempo volví en mí, me hallé como un mendigo ciego aquí, en la puerta de Bagdad, donde tú, oh señor de todos los creyentes, has escuchado hoy mi historia. Desde ese día llevo el nombre de Insh'allah y así me llama la gente” .

El califa contempló asombrado al mendigo y dijo:

182

1

183

-¡Extraordinario! ¡Verdaderamente extraordinario! Tu relato será escrito. Pídeme un regalo, que te concederé lo que desees.

El mendigo alzó sus ojos blancos como la leche hacia el señor de los creyentes y contestó con una sonrisa:

-Alá recompense tu generosidad, señor. Pero qué puedes regalarme si poseo lo más grande que puede poseer un hombre.

Cuando el califa oyó estas palabras se asombró aún más y estuvo callado un buen rato. Por fin dijo a su visir:

-Me parece que lo que a éste le ha sucedido ha sido por designio de Alá -alabado sea su nombre- para conducirlo a la única riqueza verdadera.

-También a mí me lo parece, señor -contestó el visir.

-Si esto es así -continuó el califa-, dime una cosa: cuando Iblís el Mentiroso declaró que la prisión de la libertad era el lugar del que estaba excluido el poder de Alá como una pompa de aire en el océano, ¿mentía o decía la verdad?

-Ni mentía ni decía la verdad, oh señor de todos los creyentes -respondió el visir.

-¿Cómo he de entenderlo? -preguntó el califa.

-Si realmente existe un lugar que no está lleno de la voluntad del Todopoderoso -dijo el visir-, únicamente existe por voluntad de éste. Pero por eso mismo su voluntad está en ese

lugar, porque sin ella nada puede existir, y tampoco ese lugar. Su ausencia es su presencia. En la perfección del Altísimo no hay contradicción, aunque así le parezca al limitado espíritu humano. Por eso Iblís, el Confundidor, tiene que servirle y no existe sin él.

-Verdaderamente -exclamó el califa- Alá es Alá y Mahoma es su profeta.

Y se inclinó ante el mendigo y se alejó sin darle limosna.

Insh'allah sonrió.

8. LA LEYENDA DE LA LUNA LLENA¹⁸

Hace ya muchos años, cuando la gente aún sabía que, los ángeles y los demonios existen, vivía en un bosque lejano, rodeado de montañas, un piadoso ermitaño. En su juventud había estado perdidamente enamorado de una dama a la que todos consideraban un dechado de virtudes y de belleza. Ambos se habían jurado fidelidad y amor eternos, pero un día antes de la boda* su prometida rompió su juramento y huyó con otro hombre.

Es posible que la huida de la dama tuviera algo que ver con el hecho de que el padre del joven, un rico mercader, había perdido todos sus barcos en una tempestad y se había convertido en un mendigo de la noche a la mañana. Sea como fuere, ambos infortunios convencieron al muchacho de que las cosas terrenales no son más que apariencia y vanidad, de manera que decidió retirarse del mundo y dedicarse por entero al estudio de libros edificantes.

Así pasó muchos años, consagrado a la lectura de los escritos de san Agustín y de san Jerónimo, de san Dionisio y de aquel san Alberto al que se conoce como Magno. Ya había estudiado casi todas las obras de santo Tomás de Aquino (y quien las conozca no podrá por menos que admirar el afán del joven), cuando llegó a la descripción de la muerte del santo y leyó sus últimas palabras, en las que él mismo manifestaba que todos sus libros no contenían más que paja y nada de grano.

El joven sintió un escalofrío. Le pareció que la tierra se abría bajo sus pies y que una ráfaga de viento surgida del abismo le helaba la sangre en las venas. Aquella misma noche abandonó para siempre su casa y sus libros.

Durante mucho tiempo vagó por el mundo, hasta que llegó a cierto valle apartado, donde halló una cueva excavada en la roca y oculta en medio de un bosque. Se echó a dormir en el suelo y soñó con un torbellino de fuego del que surgía una voz que le decía: «Quédate ahí, yo iré a tu encuentro».

Así pues, se quedó y esperó.

¹⁸ 1993. Ed. Grijalbo Mondadori 1995.

Ni él mismo sabía cuánto tiempo había pasado desde aquello, porque ahora su espíritu se había -consagrado ahora a la eternidad. Su cuerpo mortal, ya viejo y consumido, apenas si advertía los días y las noches, que se sucedían como un juego inacabable de luz y oscuridad. Sus cabellos y su barba se habían vuelto completamente blancos, y habían crecido tanto que le cubrían el cuerpo como un manto. De vez en cuando se adentraba en el bosque para recoger bayas, frutos, tallos y raíces, de los que se alimentaba; pero pasaba la mayor parte del tiempo sentado a la entrada de la cueva con los ojos cerrados, absorto e inmóvil. Iban los osos y se echaban a su lado, las serpientes venenosas se le enroscaban en el regazo, los pájaros anidaban entre sus cabellos y las arañas tejían sus redes entre sus piernas, pero él ni tan sólo se daba cuenta. Su espíritu vagaba por otros mundos, unos mundos tan elevados y sublimes que no pueden compararse con los que nosotros conocemos, ni siquiera con los de nuestros sueños. La lluvia lo empapaba, el sol lo abrasaba y el viento lo azotaba, pero nada había que fuera capaz de apartarlo de su diálogo con la eternidad. La paz de su alma era tan profunda que en las proximidades de la cueva incluso las fieras del bosque dejaban de atacarse; al contrario, jugueteaban unas con otras como antaño en el Paraíso.

Pero el ermitaño no había olvidado la promesa que recibiera en sueños aquella primera noche y aguardaba su cumplimiento. Un día, el destino quiso que llegara a aquel lejano valle otro ser humano cuya vida no era menos solitaria que la del piadoso anciano, si bien por razones completamente distintas. Era un hombre i que había sido expulsado de la sociedad, un hombretón fiero, de hirsuto pelo rojo, fuerte como un toro y tozudo como un mulo. No temía nada, pero tampoco había nada que fuera capaz de inspirarle respeto.

De muy joven, y en un arranque de ira, había matado a otro joven que había deshonrado a su amada. Su víctima pertenecía a una familia noble. Como él y su amada eran de origen humilde, los jueces no consideraron que tuviera derecho a defender su orgullo ni honor y lo condenaron a morir mediante

el suplicio de la rueda. Sin embargo, él logró huir la víspera de la ejecución.

Encontró refugio en el bosque, donde se unió a una partida de salteadores de caminos que eran todos proscritos como él.

Con ellos robaba cálices de oro e incensarios de plata de las iglesias, desvalijaba a los comerciantes que iban de viaje, incendiaba monasterios y tomaba a cualquier mujer que le apeteciera, sin que le importara que fuera dama de alcurnia o campesina, monja o gitana. En poco tiempo se convirtió en un blasfemo y un borracho, y aprendió a olvidarse de Dios.

Cada vez que conseguían un botín, él y sus compañeros se lo jugaban a los dados. Nuestro héroe perdía siempre porque, como no era tramposo, no advertía las trampas que hacían los demás. Hasta que un día se dio cuenta, y entonces propinó tal bofetón al compinche que se reía de él en sus barbas que éste oyó cantar a los ángeles para el resto de sus días.

Ahora bien, para su desgracia, el que había tratado de engañarlo era nada menos que el cabecilla de la banda, quien, por otra parte, no estaba para músicas celestiales. Así que ordenó que su agresor fuera colgado de un árbol sin dilación, por aquello de que es necesario mantener la disciplina incluso en una banda de facinerosos. Todos se le arrojaron encima, pero él logró escapar una vez más, no sin antes haberle roto un brazo a un compañero y dislocado el pescuezo a otro.

A partir de ese momento empezó a actuar en solitario y a evitar la compañía de otros hombres, ya que ahora lo perseguían todos, tanto los que estaban del lado de la ley y el orden, como los que estaban en contra. Robaba por su cuenta, pero como no pretendía amasar una fortuna, que de bien poco le hubiera servido en el bosque, sólo tomaba lo necesario para vivir. Así, obligó a un artesano ambulante a entregarle las botas; a un carretero le quitó los pantalones, y a un cura, el sombrero. De vez en cuando irrumpía en una taberna para agenciarse una botella de aguardiente o una jarra de cerveza. Después de esto se guarecía entre la raíces de un árbol arrancado por el viento y pasaba el día entero tan satisfecho, cantando y riendo a sus anchas. Porque, aunque casi se había olvidado de cómo hablar, en cambio había

aprendido a identificar los sonidos de los pájaros y de otros animales y sabía imitarlos a la perfección. Sus únicas armas eran un cuchillo, un arco de madera de fresno y un par de flechas que había tallado él mismo y que le bastaban para cazar lo que necesitaba para comer. Bebía el agua de los riachuelos a cuatro patas, como los animales, y comía la carne cruda. Muy pocas veces se tomaba la molestia de encender un fuego frotando dos trozos de madera seca, pues los restos de una hoguera hubieran delatado su presencia, y no sabía si todavía lo buscaban o no. Una profunda inquietud lo impulsaba a cambiar constantemente de escondrijo.

Nadie le había dicho jamás que también él poseía un alma inmortal, de la que algún día el Creador le pediría cuentas, y a él mismo nunca se le había ocurrido semejante idea. Sin embargo, el destino ya había decidido que esto no podía seguir así, de manera que se hizo inevitable que el bandido fuera a parar al lejano valle donde habitaba el ermitaño.

Fue un día al atardecer, la hora en que los animales del bosque salen de la espesura para pacer. El salteador de caminos había descubierto un joven ciervo y empezó a perseguirlo. Era un corredor rápido e infatigable, por lo que cada vez se iba acercando más a su presa. De pronto, el animal se detuvo y lo miró de frente. El puso una flecha en el arco y avanzó lentamente para asegurar la diana. Con cierto asombro, advirtió que el ciervo no temblaba, ni siquiera resoplaba. No parecía asustado ni cansado, sólo lo miraba atentamente con sus grandes ojos, y no tuvo valor para disparar la flecha.

Se incorporó, se rascó la hirsuta cabellera pelirroja y rezongó una maldición. Empuñando el cuchillo, se acercó más al ciervo. Pero éste no hizo ningún intento de huir, ni siquiera cuando él levantó la mano. El animal permaneció inmóvil y se dejó tocar el cuello. De pronto el bandido se dio cuenta de que hacía tiempo que no acariciaba el cuello a nadie, y mucho menos a un animal.

Confuso, miró a su alrededor. Entonces descubrió la entrada de la cueva y, sentado en el umbral, al ermitaño, todo piel y huesos, cubierto de pelo blanco. Tenía los ojos cerrados, y en los labios, una sonrisa que no era de este mundo.

El bandido se acercó al anciano y lo observó durante un buen rato, incapaz de adivinar qué o quién demonios era aquel ser que tenía delante. Se inclinó sobre la extraña figura y exclamó con voz ronca:

-¡Eh, amigo! ¿Eres un hombre o qué?

El ermitaño siguió sonriendo sin hacerle caso.

El bandido le pegó un puntapié y, levantando la voz, lo conminó de nuevo:

-¡Vamos, esqueleto ambulante, habla de una vez!

El anciano seguía inmóvil, pero su respiración era tranquila y profunda, lo que demostraba que no estaba muerto. El bandido alzó el puño para despertarlo de un buen golpe, pero al cabo de un rato volvió a bajarlo. De pronto ya no sentía deseos de andar pegando puñetazos, y no entendía nada. Aún no se había recobrado de su sorpresa cuando sintió que la espina que tenía clavada en su interior y que lo había impulsado a ir de un lado a otro sin descanso, se disolvía súbitamente; tan súbitamente que lo invadió un sueño irresistible. Al cabo de unas horas, cuando el ermitaño volvió desde el reino de lo sublime a su pobre y frágil cuerpo terrenal y abrió los ojos, descubrió, a la luz de la luna, que a sus pies yacía un hombre pelirrojo de aspecto fiero que dormía como un niño.

El anciano miró con afecto paternal a aquel extraño que Dios le enviaba y decidió convertirlo en su discípulo para instruirlo en los asuntos de la eternidad.

Aunque parezca raro, al bandido le gustó el ermitaño y lo escuchaba con placer. A veces pasaban algunos días, a veces algunas semanas, pero nunca transcurría mucho tiempo sin que fuera a visitarlo. Entonces, el ermitaño le hablaba de los nuevos coros de los ejércitos celestiales, del triplemente enrevesado misterio de Dios, del origen del mundo, de su evolución y de su final glorioso y terrible o del Verbo que se hizo hombre, que murió y resucitó y que rompió para siempre las puertas del infierno. También le hablaba del demonio, de sus huestes y del fuego del abismo, donde las almas de los pecadores que no se arrepentían habían de sufrir torturas eternas. Y al final el maestro nunca olvidaba exhortar a su

discípulo a arrepentirse de la vida pecadora que llevaba y a rogar a Dios que se apiadara de él.

El bandido lo escuchaba atentamente y de vez en cuando asentía con la cabeza como si comprendiera. En realidad no entendía nada, pero admiraba profundamente a su maestro, que era capaz de pensar y recordar todas aquellas cosas. No ponía en duda que todo aquello era cierto, mas para él era demasiado sublime y elevado. Estaba admirado de que un hombre tan sabio e inteligente se tomara tantas molestias con él, y le estaba agradecido porque era la primera vez en su vida que le sucedía algo semejante. Por este motivo, respetaba la paz que reinaba en los alrededores de la cueva como la respetaban los animales. También él se sentía extrañamente seguro en aquel valle. Nunca antes había conocido lo que es un hogar; ahora creía haberlo encontrado.

A su manera, trataba de demostrar la gratitud que sentía por su maestro trayéndole presentes. Así, en una ocasión le llevó un par de botellas de vino de misa que había robado; otra vez fue el libro de oraciones de un fraile y, más adelante, un pastel de bodas. Pero, invariablemente, el ermitaño rechazaba sus regalos y lo aleccionaba pacientemente:

-No es eso, hijo mío. No debes tratar de cambiar mi vida. Eres tú quien debe cambiar de vida si no quieres ser presa de Satanás. Si de verdad quieres hacerme feliz, conviértete a la doctrina de la salvación y arrepiéntete de tus pecados.

Entrégate a la oración, mortifica tu carne y ejercítate en la vida del espíritu. Entonces, tal vez algún día pueda llevarte conmigo a los mundos sublimes de los que te he hablado. Pero antes tienes que hacer penitencia.

El bandido callaba entristecido, porque le resultaba imposible cumplir el deseo del ermitaño. Aunque ponía el mayor empeño en ello, no podía arrepentirse, y de ninguna manera quería mentir a su amigo, por el que sentía un profundo respeto. Lo hecho, hecho estaba, y si por ello merecía un castigo de Dios, no sería él quien protestara.

La bondad y la paciencia del eremita eran tan grandes como la tenacidad y la oposición de su discípulo. En sus oraciones, el

anciano rogaba a Dios fervientemente que obrara un milagro que quebrara la obstinación de aquel pobre pecador y que iluminara la noche ! de su espíritu. Mas o bien esta era una tarea demasiado difícil incluso para Dios, o bien Dios había borrado desde hacía tiempo el nombre de aquel hijo pródigo del libro de los que habían sido llamados a la vida eterna, y ambas posibilidades apenaban por igual el corazón del piadoso ermitaño. Pero entonces sucedió algo que lo llenó de consuelo y que hizo cambiar la situación, aunque ese algo nada tenía que ver con el discípulo díscolo, sino con el sueño que había tenido años atrás y con la promesa que le había sido hecha en aquel sueño.

En la siguiente visita del bandido, el ermitaño le advirtió:

-Hijo mío, a partir de ahora nunca deberás visitarme en una noche de luna llena. Prométeme que me obedecerás.

-Está bien -respondió éste-, pero ¿por qué?

-Me ha sido concedida una gracia -contestó el ermitaño-, pero tu entendimiento está demasiado obnubilado como para que pueda confiarte mi secreto; por lo tanto, no me preguntes más.

-De acuerdo -dijo el bandido, asintiendo con la cabeza.

Se pusieron a hablar de otras cosas; como de costumbre, el eremita hablaba y el salteador escuchaba. Al despedirse, el maestro volvió a recordar a su discípulo la promesa de que no volvería a visitarlo en una noche de luna llena, y añadió:

-Espero que cumplas tu palabra. De lo contrario, causarías un gran mal, y a fe mía que ya has causado bastante desgracia, hijo mío.

-No te preocupes -repuso el bandido, y se marchó.

Durante mucho tiempo, la vida de ambos siguió como antes.

Sin embargo, si bien el bandido era ciertamente inútil como discípulo de la sagrada doctrina, poseía una capacidad imprescindible para el género de vida que llevaba: nada, ni siquiera el detalle más insignificante, escapaba a sus dotes de observador. Así, se dio cuenta de que el ermitaño empezaba a cambiar poco a poco. Al principio no fue un cambio visible: su aspecto y su comportamiento eran los de siempre; pero, no

obstante, advirtió que el espíritu de su venerado maestro se alejaba cada vez más de él. Sus exhortaciones para que se arrepintiera de su vida pasada eran cada vez menos frecuentes y menos insistentes. A menudo permanecía en silencio y en sus Ojos había un brillo distinto, como una pequeña llama inquieta.

A cada visita aumentaba la confusión del bandido, ya que no sabía cómo interpretar la actitud de su maestro. Por eso se devanaba los sesos pensando en qué podía haberlo molestado, o si era que por su tozudez había agotado del todo la paciencia del anciano. Pero al cabo de un momento se decía que forzosamente debía de tratarse de algo más importante; que su persona, algo que tenía que estar relacionado con aquella prohibición que él no podía comprender. Estos pensamientos lo llenaban de inquietud, pero no se atrevía a hacer preguntas. Esperaba que el ermitaño hablara cuando lo creyera oportuno, y a éste, ciertamente, no le pasaba inadvertido el interrogante que se dibujaba en el rostro de su discípulo. Con todo, transcurrieron siete meses antes de que el maestro se decidiera a revelar su secreto.

-Hijo mío -le dijo-, no creas que te hice prometer que no vendrías en las noches de luna llena para castigarte. La razón es que me sucedió algo maravilloso, algo que me sucede todavía. Has de saber, hijo, que en el reino de los espíritus celestiales el arcángel Gabriel es el señor de la luna. Pues bien, en las noches de plenilunio, el arcángel Gabriel en persona desciende del cielo y me visita.

-Que me lleve... -balbuceó el bandido, abriendo unos ojos como platos, y se interrumpió justo a tiempo-. ¿Cómo es? -preguntó.

-Más bello y noble de lo que puedo describir con palabras. Viaja en un carro tirado por grifos; en la mano lleva un lirio, símbolo del amor sin mácula y de la pureza, y viene por el aire desde aquel extremo del bosque, porque para su carro la luz de la luna es como un camino sobre tierra firme.

-¿Y qué hace aquí? -inquirió el salteador.

-La primera vez pasó de largo sin verme porque yo no osaba levantar la cabeza. Pero a la siguiente noche de plenilunio,

después de mi prohibición, me vio, se detuvo y me dijo que me había estado buscando. ¡Imagínate, me buscaba a mí, el más humilde servidor de Dios! Tuve el privilegio de escuchar la voz que por primera vez dijo: «Ave María» a la madre de Nuestro Señor.

El bandido permaneció un momento en silencio, pensativo, y le respondió:

-Si hay alguien que merezca algo así, ése eres tú. ¿Qué más te dijo?

El anciano tragó saliva un par de veces, bajó los ojos y le contestó con voz apenas audible:

-Me anunció que muy pronto será el Señor en persona quien vendrá a visitarme.

Al decir estas palabras, el anciano enrojeció de forma visible y enseguida se puso intensamente pálido. El bandido lo miró con admiración y masculló:

-Pues vaya con la noticia, ¡que Dios me confunda!

El ermitaño le lanzó una mirada apesadumbrada y exclamó:

-¡Ah, hijo mío! Si por lo menos pudieras dejar de maldecir.

Pero ya ves tú mismo por qué tuve que prohibirte que vinieras en las noches de luna llena. ¡Imagina qué podría suceder!

El bandido asintió una vez más.

-Claro, claro, no puede ser.

En las siguientes visitas, el ermitaño no se refirió al maravilloso acontecimiento y el bandido respetó el silencio de su maestro durante un tiempo. Pero al final no pudo contenerse más y con voz vacilante preguntó:

-Aquella visita..., ya sabes..., ¿ha venido alguna otra vez?

-Viene a menudo -respondió el ermitaño evasivamente.

-Escucha -le dijo el bandido bajando la voz sin darse cuenta, como si tuviera miedo de que alguien pudiera oír sus palabras-, ¿qué te parece si me escondiera? ¿No podría verlo yo también? Te aseguro que soy capaz de pasar completamente inadvertido.

El rostro del ermitaño adoptó una expresión severa.

-¿Acaso crees que estoy dispuesto a engañar al arcángel? ¡Si él quisiera manifestarse a ti, ya te hubiera encontrado! Pero te diré que tengo mis dudas de que pudieras llegar a verlo,

ofuscado como estás. Sí, estoy seguro de que tus ojos serían ciegos ante esta visión celestial. Olvida tu deseo, hijo mío. No vuelvas a hablarme de ello.

Estas palabras impresionaron profundamente al bandido; su maestro no se había mostrado nunca tan severo con él. Sin embargo, no fue la dureza de su tono lo que logró convencerlo de que tenía razón, sino la verdad que descubrió en aquel momento: sólo los santos pueden ver las cosas santas. Estaba claro como la luz del día.

El bandido hubiera podido darse por satisfecho con este descubrimiento, de no haber sido porque había una cosa que lo tenía preocupado. Desde hacía un tiempo, los animales ya no se acercaban a la cueva del ermitaño. Si alguno se extraviaba por aquellos parajes, huía tan pronto como él se acercaba. Incluso, un día sucedió que un azor se apoderó de una cría de conejo junto a la entrada de la cueva, justo al lado del anciano, que estaba sumido en una profunda meditación.

El bandido comunicó su preocupación a su maestro, pero advirtió que éste no se había dado cuenta de nada. Entonces empezó a preocuparse por él. Intuía oscuramente que algo malo se fraguaba alrededor de aquel buen hombre, y él no estaba dispuesto a permitirlo. Por primera vez en su vida había encontrado un amigo, y estaba decidido a defenderlo de quien fuera, incluso de un arcángel si hiciera falta.

Cuando llegó la siguiente noche de luna llena, ya había tomado su decisión. Tan pronto como oscureció, cogió el arco y las flechas y, haciendo caso omiso de su promesa, se dirigió sigilosamente a la cueva. Esta vez se acercó desde otra dirección, se ocultó entre unos matorrales y se dispuso a esperar.

En aquel momento la luna llena empezó a elevarse majestuosamente por encima de las ramas de los árboles e inundó el mundo con su luz plateada. Una brisa suave agitaba levemente las hojas y traía consigo un extraño y embriagador aroma. Los grillos cantaban por doquier. En alguna parte del bosque ululó una lechuza, y otra respondió. De pronto se hizo la calma, incluso la brisa dejó de soplar y, en el profundo silencio que lo invadía todo, apareció a lo lejos, más allá de las

copas de los árboles, un fuerte resplandor. Era como una nube de luz plateada, al principio muy pequeña, que fue creciendo rápidamente. Pero no parecía que se acercara a través del espacio, sino como si se reflejara desde otro mundo.

La aparición fue creciendo y creciendo, y al fin se detuvo delante de la cueva, a unos cuantos palmos del suelo. La luz de la nube fluctuaba sin cesar y formaba figuras. Primero surgieron los dos grifos, unos grandes seres alados con cabeza de águila y cuerpo de león. Sus ojos y sus garras lanzaban destellos de rubí, y sus alas eran de un color azul profundo. Después se vio el carro del que tiraban. Parecía hecho de zafiro. En el carro iba un personaje rodeado de un halo de luz suave y poderosa a la vez. Llevaba una túnica blanca como la nieve recién caída, y sus alas extendidas brillaban con todos los colores, desde el violeta de la amatista hasta el frío azul del aguamarina. El lirio que llevaba en la mano irradiaba tal resplandor que oscurecía la luz de la luna. El ermitaño se había inclinado profundamente y permanecía con la frente en el suelo. El bandido, que se había quedado boquiabierto contemplando aquella aparición, hizo un esfuerzo por salir de su asombro. Ahora estaba seguro de que allí había algo raro. Oía que el personaje hablaba con el ermitaño y que éste respondía, pero no podía entender sus palabras. Muy despacio puso una flecha en el arco, apuntó cuidadosamente y disparó.

La flecha silbó en el aire y se clavó en el cuello de la figura luminosa.

El personaje se tambaleó y se llevó ambas manos a la garganta. Los grifos se encabritaron, batieron sus poderosas alas y, profiriendo pavorosos rugidos, se elevaron rápidamente, arrastrando el carro tras de sí. Al cabo de unos instantes se oyó el crujir de unas ramas y el estrépito de una caída, y de algún lugar del bosque surgió un destello de luz roja que se apagó inmediatamente.

El ermitaño, que se había incorporado al oír el silbido de la flecha, había contemplado la escena horrorizado. Cuando se dio la vuelta y advirtió la presencia del bandido lo increpó duramente:

-¡Hijo de Satanás! -exclamó el hombre fuera de sí, mientras las lágrimas rodaban por sus hundidas mejillas-. ¿Qué has hecho, desgraciado perjuro? ¿Acaso no habías cometido ya suficientes pecados? ¿Te faltaba esta fechoría para asegurarte la condenación eterna?

-Calma, calma, amigo mío -lo atajó el bandido-, ése no era el arcángel Gabriel.

-¡Cuánto orgullo, cuánta presunción! -gritó nuevamente el ermitaño-. ¡Tú, un hijo de las tinieblas y de la ceguera, qué sabes tú de las cosas santas! ¿Es así como agradeces todos los esfuerzos que he hecho por salvar tu alma? La ingratitud y la soberbia arrojaron a Lucifer al infierno, y tú eres como él. ¡Vete! ¡Apártate de mí, Satanás, y no vuelvas nunca más!

-Escucha -repuso el bandido-, antes de enviarme al infierno directamente y para siempre, ven conmigo a ver qué ha pasado.

El anciano gimió y se cubrió el rostro con las manos, pero no opuso resistencia cuando el bandido lo cogió en brazos como a un niño y se adentró en el bosque.

A la luz de la luna le era muy fácil seguir el rastro de sangre. No tuvo que buscar mucho: debajo de un arbusto de espino encontró un tejón muerto con una flecha clavada en el cuello. Allí no había nada más; ni rastro del carro de zafiro, ni rastro de los grifos, ni rastro del lirio.

-¿Lo ves? -dijo el bandido con una sonrisa bonachona-. Tú mismo me habías advertido que hay espíritus malignos que se introducen en el cuerpo de un animal y causan toda clase de daños. Ese era uno de ellos. Vete a saber adonde habrá ido. El ermitaño miraba absorto el cadáver del tejón. Por fin susurró:

-¿Cómo has podido adivinar la verdad, hijo mío, si ni yo mismo he sido capaz de descubrir el engaño?

-Muy sencillo -explicó el bandido-, tú me habías dicho que sólo los santos pueden ver las cosas santas. Así pues, no tiene nada de extraño que tú, un hombre sabio que lleva una vida de santidad, pueda ver al arcángel Gabriel. Pero yo, que soy un pecador y un ignorante, lo he visto igual que tú. Entonces me he dicho que aquí había gato encerrado. Por eso he disparado.

El ermitaño se quedó silencioso durante un buen rato. Estaba en la oscuridad, de manera que el bandido no podía verle el rostro, pero al cabo de un rato lo oyó sollozar quedamente.

-¿Qué te pasa? -preguntó el bandido, solícito.

-Estoy avergonzado -contestó el ermitaño, con voz entrecortada.

-¿Por qué? -preguntó el bandido, sorprendido.

-Porque, en mi presunción, pensaba que tenía que salvar tu alma -respondió el ermitaño-, pero has sido tú quien ha salvado la mía. Se ha cumplido la promesa que recibí en sueños, pero de una manera muy distinta de como yo esperaba. Se ha cumplido a través de ti, ¿no te das cuenta?

-No -dijo el bandido con toda franqueza-, no entiendo ni una palabra.

-No importa -dijo el ermitaño secándose las lágrimas y sonriendo-. En cualquier caso, me he dado cuenta de que tengo que volver a empezar por el principio y quisiera que tú me ayudaras. Vamos.

9. FILEMÓN EL ARRUGADO¹⁹

En medio de la selva india vivía un elefante muy viejo y muy sabio que se llamaba Filemón el Arrugado. Se sostenía sobre sus cuatro patas, enormes como columnas, a la orilla del arroyo de la corriente sagrada; a veces se echaba un poco de arena blanca por la cabeza o se duchaba con agua fría para refrescarse; porque la Naturaleza, en su generosidad, le había regalado, junto a muchas otras cosas, una ducha propia. La trompa, sobre todo, aparecía como una parte del cuerpo útil con muchas aplicaciones prácticas. Filemón el Arrugado lo comprobaba de nuevo cada día lleno de agradecimiento y alegría.

Nadie en la vecindad podía decir con exactitud cuantísimo tiempo hacía que vivía allí. Hasta las tortugas más viejas aseguraban que desde que ellas recordaban siempre había estado en aquel sitio. En una palabra, nadie sabía cuál era la auténtica edad de Filemón el Arrugado. Y él mismo la había olvidado, porque no dedicaba ningún pensamiento a cosas sin importancia. Pensaba en cosas completamente distintas, era un filósofo.

Aunque las medidas corporales de Filemón el Arrugado eran realmente asombrosas, su piel era todavía más amplia. Era tan abundante que dos elefantes de su tamaño habrían cabido dentro de ella bien a gusto. Sin embargo, sólo vivía él dentro de esa funda enorme, que le colgaba en innumerables arrugas —lo que causaba una indudable impresión de opulencia. De esto no estaba nada orgulloso pero aceptaba agradecido y alegre tanta abundancia como un inmerecido regalo de la Naturaleza. Además no le preocupaban mucho los formalismos; con todo, había reflexionado largo y tendido sobre el asunto. Naturalmente, no tenéis que pensar que siempre había estado en el mismo sitio.

Algunas veces se daba una vueltecita por la selva; un poco para estirar las piernas y otro poco para coger los frescos y jugosos brotes de los árboles y después comérselos con gusto. También los filósofos tienen que comer algo de vez en

¹⁹ 1984. Ed. Alfaguara 1987.

cuando. Y desde luego, Filemón el Arrugado tenía un apetito envidiable. Esto también llenaba su corazón de agradecimiento y alegría. Por lo demás era modesto y sin pretensiones. Tan modesto que, a pesar de sus asombrosas medidas corporales, nunca molestaba nada absolutamente a nadie. Al revés, la mayoría de los animales de la vecindad se había acostumbrado a utilizarlo como pabellón del jardín, por así decirlo, cuando se colocaba en su sitio en el arroyo de la corriente sagrada. Cuando llovía, se ponían entre sus piernas, enormes como columnas; o descansaban a su sombra cuando el sol quemaba en el cielo.

Filemón el Arrugado no tenía nada en contra de esta utilización de su ser, siempre que lo dejaran en paz con sus pensamientos. Seguro que ahora queréis saber en qué pensaba tanto Filemón el Arrugado. La verdad es que, en el fondo, le gustaban todos los pensamientos que eran grandes y bonitos. Sobre todo grandes; porque así era él mismo —y no sólo físicamente, también su alma. Cuando, por ejemplo, el aterciopelado cielo azul de la noche de la India se reflejaba en el agua a sus pies, Filemón el Arrugado se conmovía y pensaba con respeto: ¡Luna! No pensaba en nada más, simplemente: ¡Luna!

Era un pensamiento muy grande. Filemón el Arrugado balanceaba su poderosa cabeza a un lado y a otro, se abanicaba silenciosamente con sus descomunales orejas y se sentía pequeño e insignificante en comparación con el milagro del cielo de la noche, y ese sentimiento llenaba su corazón de recogimiento y alegría.

Claro que también tenía otros pensamientos en los que reflexionaba. ¡Flores!, por ejemplo, era un pensamiento muy grande y bonito. Era un pensamiento verdaderamente insondable, aunque muchas veces una flor sólo tuviera un aspecto pequeño y deslucido. Pero la grandeza externa no tiene ninguna importancia. Esto lo sabía Filemón el Arrugado; por eso era tan callado y modesto.

Por lo demás, a menudo le bastaba con un único pensamiento durante muchos años; porque le parecía que cuanto más reflexionaba sobre un pensamiento más grande y profundo se

hacía. Y sólo me queda esperar que todos vosotros lo comprendáis y no os riáis de esto como los monos que celebraban un congreso científico permanente en las copas de los árboles encima de la cabeza de Filemón el Arrugado donde despachaban los pensamientos sencillos en dos patadas. Ante las declaraciones de los monos, Filemón el Arrugado sonreía, se echaba arena blanca por la cabeza y se callaba. La gente capaz de mover cuatro manos a la vez puede despacharlo todo en dos patadas y es muy difícil convencerla de que muchas veces no interesa despachar las cosas rápidamente. En todo caso, Filemón el Arrugado renunciaba a despachar los asuntos rápidamente. ¡Era un sabio!

Río abajo, donde la corriente sagrada tuerce hacia la derecha, se acumulaba un enorme montón de algas podridas y de otras cosas bastante poco apetitosas. Este montón despedía un olor horriblemente repugnante. A los animales de la vecindad les habría gustado alejar el apestoso montón, pero esto llevaba consigo grandes dificultades. Porque en el montón se había instalado a vivir un gran número de inquilinos. Se trataba de una importante colonia de moscas de todas las clases y tamaños. Cuántos habitantes tenía en realidad esta colonia no lo habrían podido averiguar ni las moscas mismas. (Porque no se estaban nunca quietas y revoloteaban sin cesar.) Pero sin duda eran muchas.

Y como eran tantas se consideraban muy importantes.

—Somos los seres más importantes del mundo entero-solían decir. —Somos tantísimas... Por ejemplo, si un día decidiéramos que de ahí en adelante la tierra tenía que estar siempre en tinieblas, sería muy fácil' para nosotras eclipsar al sol. No hacerlo es una prueba de que en realidad somos nosotras las que hacemos brillar al sol. Y esto es un gran favor que hacemos nosotras y por eso, ¡ya pueden ir besándonos los seis pies todos los demás animales del mundo!

¡Se lo creían de cabo a rabo! Y por esto se creían con pleno derecho a molestar todo lo que podían a los otros habitantes de la selva. Paseaban encima de los otros animales sin pedirles permiso, les picaban y les hacían cosquillas y se esparcían por todas partes de un modo que apenas podemos describir. Por

eso nadie en toda la vecindad quería saber de ellas, excepto Ramona Cuajada, la rana que vivía en el arroyo debajo de una piedra con musgo. Pero ésta tenía especiales razones para su condescendencia; contemplaba a los habitantes de la colonia desde el punto de vista de su comestibilidad.

Un día las moscas decidieron que querían demostrar a todos los demás animales de una vez por todas quiénes eran los seres más fuertes, más habilidosos, más listos, más insuperables, en una palabra, más importantes del mundo. ¿Pero cómo? Les pareció mejor dejar a un lado el asunto del eclipse de sol, porque era jueves. Los jueves, pensaban, no eran especialmente adecuados para eclipses de sol. Y además estaba fuera de toda duda que lo podrían hacer con solo quererlo y por eso no hacía realmente falta llevarlo a cabo. Tras este razonamiento todas las moscas se quedaron satisfechas. —Tengo un plan mucho mejor —exclamó un moscardón gordísimo, que estaba sentado en la cima del montón de algas. Se oía un zumbido ansioso. —Somos los seres más importantes del mundo —comenzó el moscardón— como es sabido en todas partes. Y por tanto somos los mejores futbolistas del mundo. Para empezar, podemos correr incomparablemente deprisa mientras hacemos regates asombrosos sin esfuerzo. Pero, en segundo lugar... —alzó la voz y todas las moscas callaron expectantes—, pero, en segundo lugar—, prosiguió el orador—, cada una de nosotras tiene seis piernas. Mis queridos colegas, moscas, moscardones y larvas, es evidente que un equipo de fútbol en el que todos los jugadores tienen seis piernas es completamente imbatible. Fijaos, ¡un equipo con sesenta y seis piernas en total, nada más y nada menos! ¡El campeonato del mundo es nuestro, seguro! Por eso desafiaremos a todos los animales a un partido de fútbol y se verá quién puede compararse con nosotros. Se levantó un estridente zumbido de asentimiento y todas las moscas sacudieron las patas delanteras con entusiasmo.

—Pero antes tenemos que fundar un comité —zumbó excitada una mosca de color verde irisado—, un comité que decida a

quién ganamos primero, a quién después y a quién en el tercer, cuarto y quinto partido.

—Bien —exclamó el moscardón gordo desde la cumbre del montón—, fundemos un comité. ¿Quién quiere participar en él? Todas gritaban que querían participar en el comité, que querían tener poder para decidir esas cosas tan extraordinariamente importantes.

—Pues bien —zumbó el moscardón grande que presidía la asamblea—, con esto ya estaría fundado el comité. Por unanimidad me nombro a mí mismo presidente. A partir de ahora queda abierto el consejo. Primera cuestión:

¿A quién queremos vencer primero?

Una inmensa excitación se había apoderado de la multitudinaria reunión. Todo era un frenético revoltijo de zumbidos y susurros.

—Primero—se hizo oír una mosca vieja y ya con canas que sólo tenía cinco piernas—, primero, quizá debiéramos intentarlo con las hormigas, después con los saltamontes y después...

No pudo seguir, la hicieron callar furiosamente y se burlaron de ella.

—Queridísima mía —dijo irónicamente un joven moscardón—, ¿por qué no propone usted caracoles y lombrices?

— ¡Basta! —gritó el presidente desde la cumbre del montón—. Al fin y al cabo, somos un poco demasiado importantes para entretenernos con semejantes pequeñeces. Si en realidad quisiéramos empezar con las hormigas tendríamos que jugar cien años hasta acabar con todos los animales. Mejor es que empecemos con un contrincante algo más digno. Esto es juego limpio.

— ¿Qué os parecería con la rana? —se atrevió a proponer tímidamente la mosca de las canas de las cinco piernas.

Durante un instante reinó un silencio perplejo.

—Su propuesta es rechazada —dijo severamente el presidente—. La rana no juega limpio. ¡Haga el favor de no hacer más observaciones inoportunas!

—Yo propongo —dijo el moscardón joven— que empecemos por vencer a los cocodrilos.

— ¡No, los monos primero! —interrumpió otra mosca gritando. Y ahora gritaban todas mezcladas. — ¡No, los búfalos! ¡No, los rinocerontes! ¡No, el tigre!

En aquel instante llegó al maloliente montón de algas el tigre, el Barón Aníbal de Pegapata. Arrugó irritado la nariz y se fue a beber un poco de agua en la corriente del arroyo.

— ¡Eh, usted! —zumbó impertinente el arrogante moscardón joven volando por encima de la nariz del tigre—, ¿se atreve usted a jugar contra nosotros el campeonato mundial de fútbol, eh?

El Barón Aníbal de Pegapata, enfadado, se tocó la nariz con la zarpa para ahuyentar a aquella mosca molesta. Pero ésta era testaruda y ahora volaba por encima de su oreja.

—Oiga, si usted se quiere escapar —susurró allí dentro—, es que se ha rendido, ¡para que lo sepa!

El tigre sacudió la cabeza y se tocó la atormentada oreja con la zarpa. Los tigres suelen tener las orejas muy sensibles.

— ¡Qué desagradable! —gruñó mientras se retiraba apresuradamente al interior de la selva—. Las moscas están hoy especialmente pesadas. Habrá una tormenta dentro de poco.

— ¿Habéis visto? —zumbó el moscardón joven cuando regresó al montón—. ¡No se atreve a jugar contra nosotros! ¡Se ha rendido antes de empezar! ¡El tigre ya está vencido! El jaleo que se organizó entonces casi no se puede describir. Cuando el numerosísimo comité se hubo tranquilizado un poquito se levantó la mosca de color verde irisado.

—Muy estimado señor presidente, respetable público —empezó. —Este triunfo habrá convencido a los últimos escépticos que había entre nosotros de que no es una exageración elegir entre los animales a cualquier adversario sin tener en cuenta su aspecto para nada. — ¡Muy bien, muy bien! —gritaron sus oyentes. —Pero, pregunto yo a los respetables miembros del comité —la mosca verde alzaba tres de sus seis patas—, ¿cuál es el signo externo de nuestra extraordinaria importancia?

El orador hizo una pausa teatral. El silencio cayó sobre el montón de algas. Un sinnúmero de ojos miraba ansiosamente

a la mosca verde que ahora bajó con energía sus tres patas y gritó:

— ¡La trompa! Y en prueba de esto sacó su trompa alargándola todo lo que podía. —Y así —concluyó—, hay que considerar al elefante como el único adversario de nuestra categoría, aunque sólo tenga cuatro patas y no seis.

Una ovación unánime y entusiasta confirmó la decisión de que Filemón el Arrugado debería competir con las moscas por el campeonato de fútbol.

Se envió una delegación para comunicarle esta resolución al elefante. Como la piel de éste no sólo era muy abundante sino que era muy gruesa y además siempre estaba ocupado con pensamientos completamente distintos, apenas prestó atención a esa importantísima delegación que se sentó sobre él y le comunicó el mensaje en varias partes del cuerpo al mismo tiempo.

Parpadeó con sus simpáticos ojillos, se abanicó con las orejas y balanceó la cabeza como de costumbre. Pero la delegación lo tomó como una señal de consentimiento y muy satisfecha regresó volando al montón de algas. Mientras tanto, los demás miembros del comité habían encargado a un escarabajo la fabricación de un balón de fútbol especialmente sólido.

El escarabajo lió una estupenda y dura bola de estiércol como hacía siempre, la llevó rodando ante los pies del comité y siguió su camino. Liar bolas era su oficio y le importaba poco hacer una más o menos. Lo demás no le interesaba nada.

Ahora el comité eligió a once moscardones jóvenes y robustos, los que podían correr más rápido y regatear mejor. Era la selección nacional del MAP (Montón de Algas Podridas). Entonces, todo el numeroso grupo se dirigió hacia donde estaba Filemón el Arrugado para dibujar el campo de fútbol en la arena del arroyo delante de sus patas delanteras, enormes como columnas, y para señalar las porterías. Para el elefante, desde luego, era un campo bastante pequeño. Si lo hubiera notado, a lo mejor habría sonreído. Pero estaba ocupado con otros pensamientos completamente distintos y no se dio cuenta de nada.

La selección nacional saltó al campo, los espectadores ocuparon sus puestos, unos en el suelo alrededor del campo y otros sobre Filemón el Arrugado, lo cual no estaba del todo permitido ya que tenía que jugar el partido. Pero como nadie protestaba, se quedaron sentados.

Empezó el partido.

Una tensión tremenda se propagó entre los espectadores. Al fin y al cabo se trataba de demostrar su superioridad y no todos estaban completamente seguros de ganar.

El delantero centro llevaba la bola de estiércol, la pasó al extremo derecho, que la mandó al otro lado del campo para el extremo izquierdo, y éste, en un espléndido avance individual, se plantó delante de la portería del elefante situada en medio de las patas delanteras, inmensas como columnas. Los espectadores contenían la respiración. El extremo izquierdo hizo un último regate, se colocó en disposición de disparo, chutó y — ¡gol!—. Pocos minutos después llegó el segundo gol y el tercero y el cuarto. Los espectadores cayeron en un éxtasis de victoria y se pusieron completamente fuera de sí.

Pero Filemón el Arrugado todavía no se enteraba de que estaba a punto de perder el campeonato mundial de fútbol.

Seguía pensando en otras cosas completamente distintas.

Ensimismado, cogió un poco de arena con la trompa y se la puso en la cabeza. Por esto fue amonestado seriamente por el presidente del comité de las moscas, que también era el arbitro; porque había sido una parte del campo de fútbol y no era juego limpio competir con estos métodos. Pero Filemón. el Arrugado tampoco se enteró lo más mínimo de la amonestación.

Y así continuó el partido.

No hace falta contar todos los detalles del partido. Basta decir que el resultado fue 108-0 a favor del MAP. ¡Una victoria auténticamente sensacional! Superó las expectativas más atrevidas del comité. Habían sabido desde el principio que eran superiores a todos los adversarios, pero ahora les sorprendía a ellos mismos que esta superioridad fuese tan enormemente grande. El regreso al montón de algas fue una marcha triunfal.

Los jugadores de la selección nacional del MAP eran festejados como los héroes del día.

Pero por la tarde los festejos sufrieron una desagradable interrupción. El cielo se fue cubriendo de nubes poco a poco y empezó a llover, a llover tan torrencialmente como sólo puede hacerlo en la selva india. El Barón Aníbal de Pegapata lo había adivinado. Los animales de la vecindad llegaron de todas partes a colocarse entre las piernas, enormes -como columnas, de Filemón el Arrugado. El cauce del arroyo sagrado se desbordó y arrastró el montón de algas podridas con el comité y la selección nacional. ¿A dónde? No lo ha averiguado nadie y, en todo caso, no es muy importante.

Después acabó de llover y el aterciopelado cielo azul de la India volvió a reflejarse en el agua que corría tranquila.

Filemón el Arrugado, que no se había enterado para nada de que le habían dado una paliza como una casa, parpadeó con sus simpáticos ojillos, balanceó su poderosa cabeza y pensó emocionado: ¡Luna! No pensaba en nada más, simplemente: ¡Luna!

Y era un pensamiento grandísimo.